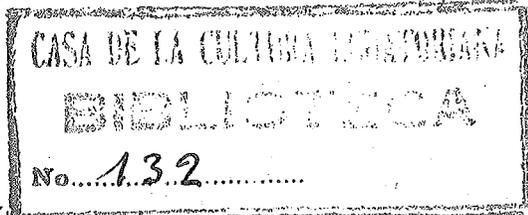


860-3(866) Mora
11827
g2

EDUARDO MORA MORENO

HUMO EN LAS ERAS

C U E N T O S



EDICIONES "SURCO"

L O J A

1 9 3 9

COPYRIGHT BY

Ediciones "SURCO"

Prólogo de

CARLOS M. ESPINOSA

Portada de

GALO GALECIO

--PRINTED IN LOJA--

Imprenta del Colegio Nacional "Bernardo Valdivieso".--Loja

BIBLIOTECA

DE LA CASA DE LA CULTURA — Quito

REF. Nº 132

FECHA DE CONSTATAION 30 DIC. 1949

VALOR s/. 3.00

CLASIFICACION

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR

COLECCION GENERAL

Nº 9618 AÑO 1993

PRECIO DONACION

004189-J.

DEDICATORIA:

A MANUEL ANTONIO, A PEDRO Y A
JULIAN, Y, CON ELLOS, A TODOS LOS
INDIOS DE MI TIERRA, QUE DESMEDRAN
SUS VIDAS ESCARDANDO DOLORES Y
APACENTANDO CARIÑOS EN CAMPOS DE
ESPERANZA.

E. M. M.

PALABRAS CON EL LECTOR

Este libro —el primero de un escritor de las últimas generaciones lojanas— anuncia la presencia de un narrador de la más auténtica estirpe americanista. El mismo título —**HUMOR EN LAS ERAS**—, acierto feliz que en todo novel escritor constituye un difícil hallazgo, — tiene un sabor terrígeno, que sugiere por sí solo el paisaje neblinoso de nuestras serranías, rasgadas de balidos y erizadas a trechos de amarillas parvas, donde tienen vivo escenario los cuadros de estos relatos que rezuman olor a tierra nativa y destilan un acre humor de insaciadas pasiones.

El indio —figura central de estos relatos— destaca sus contornos grises y trashumantes, en medio de una naturaleza que fuera propicia al himno geórgico, si no estuviera transida del dolor acumulado en centurias de despojo y servidumbre.

El problema del indio ecuatoriano está todavía dentro de la trayectoria de su proceso dialéctico. Los siglos han pasado sobre él y no han modificado sustancialmente su trágica entraña. Intentar una interpretación del indio a través de la literatura, no es sólo una tarea de emocionada curiosidad, sino también un deber de humana preocupación.

Éstas páginas son trasunto verídico de la vida de nuestros indios. En ellas aparecen, con rasgos crudos a veces, exactos siempre, algunos aspectos de su mísera existencia, embrutecida de alcohol, oscurecida de ignorancia, teñida de pasiones subalternas, por obra de la servidumbre en que vegetan.

* *

El indio fue un desterrado y un despojado desde los remotos tiempos del incario. A lo largo de la cordillera de los Andes, en los dominios cardinales del **Tahuantinsuyu**, el indio paseó su destierro desde los **tupus** nativos hasta las más apartadas regiones del vasto imperio. Fue un exodo de **ayllus**. Un

desarraigo de clanes enteros, trasplantados a puntos distantes, como avanzadas de colonización y de defensa. La certera previsión de los Incas vió la necesidad de crear un medio que sirviera para fundir en un solo poderoso organismo los diversos pueblos conquistados. «Y mandaron, que pues la gran Serranía de los Andes comarcaba con la mayor parte de los pueblos, que de cada uno saliese cierta cantidad de indios con sus mujeres; y estos tales puestos en las partes que sus caciques les mandaban y señalaban, labraban los campos, en donde sembraban lo que les faltaba en sus naturalezas, proveyendo con el fruto que cogían a sus señores o capitanes. . . » Fue la institución de los **Mitimaes** destinada a dar unidad religiosa, idiomática y política al incaico.

De estos **mitimaes** traídos de las tierras del sur descendiendo directamente el indio lojano. Tiene rasgos que le diferencian en muchos aspectos de los demás indios de las mesetas andinas del norte incaico. Sus ascendientes fueron trasplantados de las frías sierras del Cuzco y de las punas pedregadas del **Antisuyu**. Su traje de estricto luto —negro el vestido, negra la vida— es como el signo de su destierro inacabable. De su destino de desposeído material y de mutilado espiritual. Cuando los Incas emprendieron en la conquista de las tierras situadas hacia el **Chinchasuyu** donde demoraban pueblos belicosos y bárbaros, llegaron también a la provincia de los **zarzas** y los **paltas**, comarcas pobladas de gentes con la cabeza tableada y de árboles que producen «la fruta sabrosa y regalada que llaman paltas». Las tribus aborígenes entraron a formar parte de la gran comunidad incaica. Y vinieron del sur las colonias de **mitimaes**, a servir de eslabón con las tierras y pueblos del **Collasuyu**. Era el pólen fecundo del incaico difundiendo por las cuatro partes del mundo.

* * *

El advenedizo afinó en la nueva tierra. Las faldas de los montes y las hondonadas de los valles, todos los sitios donde el suelo era más fértil y el trabajo más fecundo, fué parcelado en **tupus**, y entregado a los indios. El **mitimae** comenzaba a rehacer su vida. La eucañada que se estira desde Cajanuma hasta las faldas del Acacana, y los llanos del lado septentrional de este monte, se poblaron de gentes del sur, entrega-

das a la tarea de arrancarle a la tierra el secreto de sus frutos. Por las laderas verdes se escarmenaba el vellón de las ovejas, compañeras inseparables del indio. Y los **ayllus** crecieron. A uno y otro lado del valle de **Cusipampa** (Chinguilanchis, Mutupis, Zalapas), aglomeraciones de indios dieron su matiz propio a estas comarcas. Y la vida iba abriéndose delante de estas gentes trasplantadas de lejanas **llactas**, que llevaban luto en los trajes y tenían oscuros de nostalgia los ojos . . .

* *

Pero vino un día el aluvión de la conquista . . .

Del otro lado de los mares, gentes de aventura y coraje, arribaron a las playas del continente ignorado e hincaron sus plantas en las tierras del **Tahuantinsuyu**. Se alelaron, de asombro, primero, de espanto, después, los nativos. Y los vastos términos del incario se estremecieron bajo los cascos de los nuevos centauros.

Porquerizos y gañanes de los jarales inhóspitos de Extremadura; vagabundos y siervos de los señoríos feudales de Andalucía; hombres rudos del agro gallego y tronados caballeros vizcaínos —cruzados y analfabetos—, surcaron los mares sobre el lomo lento de las carabelas.

Al pisar la tierra codiciada, que se ofrecía ubérrima de frutos y leyendas, los iberos trajeron, con el arcabuz y el evangelio, el exterminio y las sombras. Y, además, una incontenible pasión de riquezas y señorío.

Comenzó el ocaso del padre Sol, en los viejos ámbitos del **Tahuantinsuyu**. Los dioses lares iban cayendo, uno tras otro, de sus pedestales de oro. Y se alzó, en cambio, la cruz que abría sus brazos vegetales no para el abrazo de la paz, sino para el estrujón mortal de la conquista.

La selva se pobló de fugas y alaridos. Y los indios, crispados de terror, acentuaron más la angulosidad pétrea y hierática de sus rostros de estatuas impasibles.

Desde entonces, en vez de las ceremonias pascuales del **Intip-Raymi**, asomó para los aborígenes la sombra secular del coloniaje.

* *

Alonso de Mercadillo, Capitán de a caballo, que saliera un día de la Ciudad de los Reyes a la conquista de la Zarza, llegó, tras penosos avatares, al valle cálido del Catamayu, de tierras bermejas y mortales miasmas.

De allí, trepó con su mesnada la jiba aterida del Villunacu, desde donde divisó la desigual planicie que los indígenas designaban con el poético nombre de Cusipampa: valle florido. Más allá, detrás de los peldaños ingentes de los Andes no había más que la maraña traidora de la selva oriental, «la matriz verde de donde nace el sol todas las mañanas».

Al pie del Pukara, pequeña eminencia que se hiergue vigilante como una fortaleza —de allí su nombre— al sureste del valle, fundó la ciudad de Loja, en recuerdo acaso de la tierra granadina.

Y comenzó para los mitimaes --Chinguilanchis, Mutupis, Zalapas-- la era del despojo y la servidumbre, por los «hombres de apostolado y garra.»

Restos de esa raza sufrida, los indígenas lojanos ponen, todavía hoy, el color típico de sus anacus y sus kuzhmas —más negros bajo la ancha ala de sus sombreros albos de lana abatanada— en las estancias del valle que señorea el Zañi, con sus oscuros hosques y sus pertinaces neblinas.

Enraizados al suelo, los indios pasaron a ser los siervos del señor español, que les arrebató sus tupus y los convirtió en un apéndice humano, doliente y triste, de las estancias de Loja y sus cercanías.

Ellos que habían sido sus dueños bajo el Sol de los Incas! . . .

* *

Por las páginas de *Humo en las eras* —el libro que me ha servido para esta excursión por los campos de la historia-- desfilan «nuestros indios», táciturnos y mansos, con su fuerte olor de anacus y cushmas, de aguardiente y majada. Hay nombres de sitios que nos son familiares. Cuadros de vida campesina en los que no falta ni el colorido puntual de los potreros, ni el aroma de las cercas florecidas de guangalos, ni el viento que sopla en los maizales y avienta el grano en las eras . . .

Es la tierra nativa, con sus montes sombríos y sus garúas afiladas, sus chozas ahumadas y sus saucedales nervu-

dos, que se entra, corazón adentro, hasta la más recóndita entraña . . .

Es el campo lojano, que hemos visto con los ojos claros de la edad niña, y que contemplamos ahora, a la luz angustiada de la madurez, como el escenario inmutable del despojo de una raza irredenta.

Eduardo Mora Moreno conoce la existencia desvalida de los indios. Ha vivido —y vive— cerca de ellos. No le son ajenos ni su agrio dolor ni su oscura servidumbre. Conoce que, tras el coloniaje, en plena democracia de relumbrón, todavía subsisten para el indio mal disimuladas formas de opresión y de violencia. Sabe que detrás del indio están: el párroco, que le cobra las primicias y le quita la vaca o el carnero, para las fiestas mientras vive, y para enterrarlo, cuando muere; el Teniente Político, que lo arrastra a la cárcel, si no le da pingües agrados; y el Mayoral, que le quita la mujer, le corrompe las hijas y lo echa de la posesión como un perro.

(El Mayoral es, de ordinario un **cholo** —modalidad excrementicia del mestizaje—, un nuevo indio, que para diferenciarse del otro comienza por alargarse el pantalón y recortarse el pelo, y acaba por mutilarse o cambiarse el apellido —Moroch, Lapu . . . — e invadir las ciudades, a donde va llevando su plebeyez y su inopia mental).

Y porque sabe todo esto, Mora Moreno, terrateniente y poeta, ha estudiado a «sus» indios, ha penetrado en sus chozas terreras y pajizas y ha escrito unas páginas en que esas pobres vidas están relatadas con enjuta y ruda crudeza. Me atrevería a afirmar que Mora Moreno no se propuso hacer literatura —acaso, más bien, polémica— con estos relatos; pero le traicionó el poeta que hay en él, con lo cual estas páginas salieron ganando en arte y lozanía lo que pierden con su encono y dureza.

Cinco relatos forman este volumen, de los cuales **HUMO EN LAS ERAS** que le da su nombre, es, sin duda, el más lozano de todos. Hay también en él algunos relatos publicados anteriormente y otros de nueva cosecha. Quitémosles a éstos lo que tienen de anécdota intencionada y picante, y quedarán en su fina y grácil estructura poética y en su propia densidad humana.

* * *

La literatura de color local, con miras a extraer de la tierra sus más acendrados jugos, es ya de larga tradición en Loja. «Cronológicamente —dice A. F. Rojas, culto y ágil escritor, apasionado por los temas escolares, que nos anuncia para pronto su novela "Banca"—, Loja se anticipó a los escritores guayaquileños en dar ese giro realista, vernáculo y objetivo, que se está haciendo verdad inconcusa, y que fué dado por el libro «Los que se van»».

Mencionemos en apoyo de esta afirmación «Los cuentos de la tierra» de **Armando del Valle**: «La Minga», «El Rastrojo», «Mal hechizo», publicados con anterioridad a 1924, en revistas lojanas de efímera duración. LOXA, revista dirigida por Eduardo Mora Moreno, insertó algunos de estos cuentos, y en su número 1º, de Febrero de aquel año, publicó el relato «Los amores del Mayoral», del propio Mora Moreno. Y, antes, en los principios del siglo, José Alejo Palacios escribía bellas novelas de colorido y sabor regional, como «La Campaña de Ciudadela» y otras. José Alejo Palacios habría sido el mejor novelista lojano —lo fue ya acaso— si no lo hubiera malogrado la muerte tempranamente.

Y en otro género, el ensayo, hasta ahora permanece insuperado e insuperable, ese libro macizo de erudición, encendido de fe, vibrante de admoniciones y reivindicaciones que es «El indio ecuatoriano», de Pío Jaramillo Alvarado, a quien le debe también la literatura lojana una novela —«El último Yaguarzougo»— sobre la vida de las tribus jíbaras del oriente. Obra esta poco conocida y que con «Naya o la Chapetona», de Manuel B. Moreno, son las obras más cimeras de nuestra producción literaria con enfoque a lo vernáculo.

* *

El indio es una cantera poco explorada todavía. Unos pican en ella y extraen lo superficial, para darlo a los demás desfigurado y falso. Otros lo utilizan como elemento artístico, trascendental y humano, real y viviente. En **HUMO EN LAS ERAS** aparece el indio de nuestro agro serrano arrastrando su drama, del que es actor sin poder expresarlo con su espíritu y su lengua. Y esto seguirá así, hasta que el indio, redimido económica e intelectualmente, esté en capacidad de hacer «su» propia literatura.

CARLOS M. ESPINOSA

Manuel

Antonio

AQUELLA mañana, cuando desperté, apenas se difundía una confusa claridad a través de las rendijas. Incorporado en el lecho me frotaba los párpados embotados por el sopor de un profundo sueño, cuando de súbito se abrió la puerta y entró la Pancha —una muchacha de color, carnes ampulosas y senos excesivamente abultados— para decirme que «ya era bien de día» y que el café está servido.

Me levanté. Hacía una mañana espléndida. De las hondonadas ascendían lentas, blancas brumas carmenadas; en el corral cercano mugía el ganado, impaciente por salir al pasto; un vaho de frescura exhalaba la tierra, húmeda de rocío, y la brisa llegaba cariciosa, perfumada de un suave olor de *guangalos* florecidos.

En el amplio corredor de la casa de la hacienda, arrebuajados en sus ponchos, dialogaban el Mayordomo, don Nicasio y Manuel Antonio, el Mayoral:

—Qué te parece el tiempo, hombre?—interrogaba don Nicasio.

—Medio armándose está. Cro qui va llover. El Sañi se' amarrado la cabeza —decía el Mayoral, refiriéndose al majestuoso cerro que decoraba el valle y cuya cúspide velaba el ala gris de la neblina.— Onde será il trabaju, señor?—dijo después de breve pausa.

—Está bueno comenzar las aradas, no vis que ya mismito es tiempo de siembras. Las nubes también son de aguas.— En sus palabras había el aplomo del chacarero experimentado, que conoce sobradamente de las veleidades meteorológicas.

—Eli güeno está señor —repuso el indio—; vua mandar los—con yunta al rompe y los—sin yunta pal cerco dil potrero.— Y salió murmurando respetuoso:

—Vaya con so pirmiso; sirá hasta de tarde.

I entre silbidos y restallantes carcajadas, enfiló la peonada camino de los barbechos.

* *

Tarde otoñal: oro y púrpura. Por la anchurosa llanura que fulgía como inmensa esmeralda a los destellos del sol que declinaba, venían los rebaños, mansamente. A lo lejos, se escuchaban los gritos de los vaqueros que cerraban el ganado.

El patio de la hacienda se hallaba invadido por la peonada que había regresado de sus faenas, y mientras los unos hacían tarjar, los otros departían bromeardo alegremente:

—Ya vis —decía Lorenzo, un indio de colosal estatura, al compañero que estaba a su lado—, ya vis qu'il Mayural es mesmo on pécaro y si haci rispitar con las mujeres: a la Nativida ya lu'arreglado y aura dizque anda atrás di la Marga.....

Francisco reía maliciosamente; Lorenzo continuaba:

—Sulu nusotros sumos los muspas, que nu ichamós ni'agua, como dijo'uno.

—Güeno vos qui sabís! Yo no mi quejó de me suerte, cada úno con so cuento —dijo Francisco.

—Yo tampoco, pero il Manuil Antoniu is un ju-
dido: isi diablo no aguanta. Chulo manavali, arrechul!

—Que mentis Lorenzo —dijo, acercándose al gru-
po, otro indio que traía un yugo sobre el hombro.

—Nad' hombre, sinu quil Mayural is on brebón.

—Pur lu di la Marga has di decer?

—Vus tamen sabís?

—Pero l'hijo dicen que otro qui anda a la pata.

—Qui va ser nada! Isi tuavía is on mapioso y nu
sabe di cusas di gobierno.

Cuando ya la noche se cernía sobre el valle, los
indios se fueron camino de sus chozas. La soledad
acrecía con las sombras y los hogares campesinos
prendieron en la distancia intermitentes guiños de luz.

* *

Pero quién es la Marga? Una fresca indiecita de
talle esbelto, como los erguidos tallos de los maizales
que pueblan la lomada; morenucá, porque el sol estival
la ha aprisionado en su hálito ardoroso; de ojos
oscuros y tristes, con la tristeza de los desiertos pa-
jonales, y de una suave ingenuidad sencilla, como su
vida, como su corazón.

Yo la había mirado siempre cruzar por los sen-
deros, perderse en el tramonto de los dormidos alto-
zanos o alejarse, presurosa y tardía, por la paz ver-
deante de la explanada, indiferente y laboriosa, lle-
vando siempre entre sus manos la rueca breve de su
huso, hilando un poco de lana blanca, igual que es-
ponjada escarcha sobre las tímidas corolas de dos li-
rios franciscanos.

Su belleza exultante e indómita había despertado
en Manuel Antonio una pasión irrefrenable. Quería, a

toda costa, hacerla suya; sentía uno como desesperado afán de seducirla, de vencerla . . . Pero era ya viejo y casado y, además, la Marga siempre había demostrado cierta repulsión hacia él. Sin embargo, acaso era la primera?

La conoció cuando *huahua*. Después, por ciertas quejas que había contra él, se vió precisado a abandonar la querencia, y solo había vuelto a encontrarla, no hacían muchos meses, en un deshoje de maíz. Desde entonces su asedio fue tenaz, pero ella rehuía su presencia, obedeciendo al impulso de su alma temerosa.

* * *

Fue un domingo. Por el camino que lleva a la ciudad, en abigarrado conjunto, regresaban de oír «la santa misa» multitud de campesinos. Hileras de indios, tambaleantes por la embriaguez del aguardiente que habían escanciado, entrelazados de las manos, iban describiendo sinuosas curvas, entre una desacorde algarabía de gritos guturales y un intermitente redoblar de tamboriles.

En algunos recodos de la vía, formando hacina-
mientos, se veían tendaleras de ebrios, y en las puer-
tas de los estancos, donde se arremolinaban los gru-
pos en continuado afluir, en fraternidad de indios y
laichos, bebían insaciablemente. En tanto, la armonía
letal de los rústicos cantares, fluyendo de aquellos pe-
chos inebriados, expandía un profundo desconsuelo, y,
al dilatarse en el ambiente, parecía eternizar en llan-
to el dolor secular de una raza proscrita y abatida....

En uno de los últimos estancos de aquel barrio,
en el que acaso por distar más de la ciudad encon-

traban los indios un tranquilo y seguro refugio, entre los grupos que allí habían acampado se encontraba Manuel Antonio. La Marga que también había salido a la ciudad, tornaría en breve y el indio la esperaba.

Era «ya la oración», cuando la india regresaba en compañía de la Juliana, que así se llamaba su madre.

Iban presurosas, como temiendo que la noche las sorprendiera. Al pasar frente a la taberna donde se encontraba Manuel Antonio, la Marga, que había reparado en su presencia, ocultando el rostro tras el sombrero, aceleró el paso, tratando de escabullirse entre la multitud. El indio, dándose cuenta que la Marga trataba de evadir el encuentro, salvó prontamente el espacio que los separaba y le cortó el camino; la india pugnó por huir, pero en ese instante llegó su madre, ante cuya presencia el Mayoral depuso su actitud y, muy zalamero, las invitó a una copa. La Juliana que gustaba de la bebida, no esperó la segunda insinuación y aceptó placenteramente; la Marga, no obstante quiso continuar sola el camino, pero su madre la obligó a que la acompañase: «Cumu había di dispreciar a taita Mayural!»

Manuel Antonio, seguro ya del consentimiento de las indias, sacando del bolsillo de su camisa el ato que formaba un pañuelo mugriento, lo desató con los dientes y se dirigió al estaquero:

—Vindimi un cuarinta señor, —le dijo a tiempo que contaba unas monedas.

—En que te pongo —repuso tercamente el estanquero.

El indio le pasó una botella y, una vez que hubo adquirido el aguardiente, fue donde las indias y las invitó:

—Hagan il juavor, premitas— y apuró de un trago gran parte del contenido. Luego bebió la Juliana y le entregò la botella a la Marga; más, como ésta se negara, su madre la regañó:

—Qui ti pasa, milindrusa, tomá— y la forzaba a que lleve la botella a los labios.

La Marga, bajó humildemente la cabeza y fingió beber, a tiempo que Manuel Antonio la decía:

—Pero Marga, por qué no aceptar un cupita? Acaso está brujado?

La india volvió la cabeza con aire de desprecio. En este momento llegó el Evacho y fue a unirse al grupo. Manuel Antonio, al notar que su hijo se acercaba, dijo, bromeando, a la Juliana:

—M' hijo está güino pa marido de la Marga.

La india estalló en una estridente carcajada. Acariciando la idea de hacer casar a su hija con el hijo del Mayoral, tuvo para sí un sentimiento de íntima satisfacción. La Marga, que seguía atenta la conversación, al oír las palabras de Manuel Antonio, se sintió poseída de cierta inesperada y desconocida sensación y casi hubo de sonreír... «Casar con il Evacho!» Sus mejillas se encendieron con una roja llamarada de rubor.

Era ya entrada la noche. La luna llena había ascendido, magnificente y pura en su solemnidad hierática y tamizaba su luz —zafir y topacio— sobre el inmenso sueño de la tierra adormecida. Los indios iban abandonando el estanco. La Juliana y la Marga, que se habían quedado hasta el último, se apresuraron a despedirse de sus compañeros.

—Vaya, ya lona ista alto; ya bien nuchi istá. Hasta mañana, taita Manuilito, hasta mañana Iva-chu— murmuraron a coro las dos indias.

Se encaminaron. Manuel Antonio siguió con sus miradas el continuo alejarse de sus siluetas, que al fin, casi borrosas, desaparecieron en el último recodo del camino. Cuando volvió de su abstracción y miró en derredor se vió completamente solo: el Evacho también se había marchado. Entonces, sus ojos, ofuscados por el enervamiento del alcohol, se dilataron inconmensurables, y desorbitados, inexpresivos, se quedaron fijos en la luna, cuya luz, al fulgurar en las pupilas del indio, pareció diluirse en lágrimas —fresco rocío sobre abrazada arcilla— que resbalaban lentas sobre el ardor de sus mejillas....

* *

Al día siguiente, cuando Manuel Antonio evocaba las escenas del encuentro con la Marga, por inevitable asociación de recuerdos, vinieron a su mente las palabras que había dirigido a la Juliana: «M' hijo está güeno pa marido de la Marga». Que tonto había sido! Labrarse el mal con mano propia! La indiecita, al acariciar la idea de casarse con el muchacho acabaría por odiarle a él que era viejo *manavali*. Un brusco estremecimiento, mezcla de pena y furor, conmovió todo su ser y casi llegó a odiarse a sí mismo.....Pero, luego reflexionó: Acaso la Marga llegaría a quererlo? Quizá fuera imposible. Por lo demás, el hacerla casar con su hijo no sería la mejor forma de llegar hacia ella?.....Chekampuni, chekampuni. (1)

(1) Ciertamente, ciertamente.

Sin embargo, un vago remordimiento aún parecía inhibir la realización de sus intentos, hasta que al fin, después de largos titubeos, se resolvió y fue a decírselo a su mujer. La Encarnación — así se llamaba su compañera de hogar— cuando supó de los proyectos de su marido hubo de encolerizarse y lanzarle denuestos:

— Isti sabandija burrachu pas qu' istá! Vinir con sos boberías! Nu vis qu'il Ivachu is tuavía huahua? Quetariste que ya mismito agarro on palo!

— Quien ti va hacer caso zamarra! Pur algo yo hai di ser taita del cholo: il tiene qui casar con Marga, y nu' hai más —y diciendo esto, tomó el lazo que colgaba de una estaca y se alejó camino del pegujal.

Desde entonces, Manuel Antonio mantuvo pertinaz la idea de sacrificar a su hijo, que apenas orillaba los trece años y desconocía el acto al que le impelía temerariamente su padre.

La vez primera en que Manuel Antonio le dijo que tenía que casarse con la Marga, aceptó la voluntad paternal lleno de humilde sumisión: *Churicu-napmi yayancu yupaycahnan* (1)—le había dicho. Su padre se lo mandaba y no le quedaba otra cosa que obedecer. Por otra parte, el temor a la reprobación doblegaba su débil voluntad. Qué hacer? El tenía que casarse con la Marga porque su padre lo quería.

Pero cierto día, aprovechando la ausencia de Manuel Antonio, le llamó su madre y le dijo que no escuchase lo que el *taita* le dijera, que sus consejos

[1] Los hijos deben respetar a los padres.

eran malos y que si quería hacerlo casar con la Marga era tan solo por deshacerse de él, puesto que casado tendría que abandonar el cariño acogedor de su choza e irse a otra parte, a trabajar para mantener a su mujer y que, sobre todo, era aún muy «pire» (1) y no sabía de esas cosas ...

Las palabras de la madre, desbordantes de ternura, persuasivas, acabaron por infundir en su ánimo cierta desconfianza hacia su padre. Que malo era! Quería despedirlo de su casa, de su *huasi*, que tanto amaba! Y poco a poco se fue acentuando más ese temor, hasta que resolvió desoír los mandatos de Manuel Antonio.

Un día amaneció el Mayoral tan jovial como nunca, y mientras su *huarmi* le preparaba el desayuno, con solicitud y complacencia ayudó a rajar leña a su hijo. Después que hubieron comido, ordenó a su mujer que fuera a la ciudad a traer unos *comprados*, a lo cual accedió, disponiéndose luego para emprender el viaje.

Una vez que la Encarnación se hubo marchado, sin más cómplice que la perpleja soledad, llamó al Evacho y le dijo:

—Aura sí, punite il puncho listado y la camisa nueva pa irnos hacer la *entrada* onde la Marga y ver cuando lo casas.

El Evacho quedó atónito, suspense; recordó lo que su madre le había dicho, y después de mirar recelosamente a su padre, bajó la cabeza y se quedó en actitud pensativa. Al ver Manuel Antonio que su

[1] «Pequeño».

hijo no le respondía ni tomaba resolución alguna, le gritó encolerizado:

—Movete, ¡carajo! Qui ti quedais parado eumu on lelo! Nu sias muspa!

—Yu nu quiero casar nada —dijo al fin el muchacho, tartamudeando.

—V'el bruto, aura sale con so cuento. Ya te haiga dicho algo la tonta di la mojíer. Pero yu mando y aligerate antis qui rompa en tos lomos ista painilla—y empuñó el cabo del machete que pendía de su cintura.

A pesar de la actitud amenazante el Evacho permaneció inmóvil. Entonces, Manuel Antonio, anhelante de furor, desenvainó el arma y comenzó a perseguir a su hijo, que pululaba despavorido dentro de la estrecha vivienda. El indio, encolerizado, blandía el machete vertiginosamente, alcanzando de vez en cuando el cuerpo del muchacho, que procuraba burlar los golpes con extremada celeridad. Pero, al fin, viéndose furiosamente acosado y en la imposibilidad de huir, puesto que su padre le cerraba el paso de la estrecha puerta que daba acceso a la pieza, hubo de implorar compasión, desesperadamente. El indio se detuvo jadeante, prendió los ojos inyectados en su hijo, arrodillado ahora sobre el polvoso suelo, y le increpó:

—¡I aura tuavía no mi has di obidecer?

Evacho, que estaba como alélado, al escuchar la voz paternal, grave e imperativa, con pasos inseguros se dirigió hacia la mitad de la pieza, donde en un palo que pendía horizontal se encontraba el rústico ropero. Alcanzó el poncho listado y se lo puso.

Una vez que estuvieron dispuestos para la marcha, Manuel Antonio le dijo, a tiempo que le entre-

gaba una botella:

—Tomá, levá la juirza y cuenta con juírte!

Mediaba ya el día cuando los indios marchaban silenciosos camino del cortijo de la Marga, hollando un rumor de hierbas pisoteadas

* * *

Era uno de los últimos días de Abril. Como un presentimiento vagaba en el ambiente el hálito de crepúsculo, cuando tornaba del pueblo el cortejo nupcial, entre un ronco sonido de atambor y el monorrítmico lamento de las flautas, que prolongaban en la tarde su agudizado son.

Venia la Marga asida de la mano de Evacho. La risa tintineante de los avalorios repicaba en los collares que pendía de su cuello cobrizo, y sobre el pecho aleteante, sosteniendo el anaco, relucía el topo de plata cincelada. Junto a ella, mareado por el alcohol y el regocijo, caminaba el Mayoral; de su pecho se escapaban, de vez en cuando, gritos ululantes, mezcla de júbilo y dolor. Tras de ellos seguía la comitiva: los hombres cabalgando sus rocines mechosos y a pies las indias de partidos talones.

Quando el séquito de labriegos hubo llegado a casa de Manuel Antonio, se inició la fiesta. Indios e indias confundieron en una desacompañada zarabanda, alentada por el zumbido de los tambores. Luego comenzó el ir y venir de los jarros rebosantes de chicha y aguardiente y de los platos colmados, que eran devorados a dentelladas. El holgorio crecía y por momentos iba tomando proporciones de una desordenado bacanal.

El horizonte comenzó a encenderse en el roci-

cler de la alborada. A los primeros cantos de los gallos se inició el desfile de los invitados, hasta que dentro de la choza ya no quedaban otras personas que el Evacho, dormitando un sueño cataléptico junto al fogón, y Manuel Antonio, que en ese momento abrazaba a la Marga llamándola: «mejita, me paloma....»

La soledad era un regazo. El indio vió llegado el momento que tan largo tiempo había esperado. Rodeó, entonces, con sus nervudos brazos el talle de la india, desfallecida por el enervamiento de la bebida, y, súbitamente, estampó un beso delicante en su carnosa boca. La Marga, adivinando los intentos de su suegro, quizo desligarse de sus brazos, a tiempo que con voz ahogada quizo llamar al Evacho. Pero el indio la retuvo fuertemente y acalló la imploración de sus palabras cerrándole los labios con sus afilados dientes...

Fuera, en el infinito abandono del espacio, donde tímidamente escintilaban las últimas estrellas, flotaba un inviolado secreto.

* * *

Un año después, a la puerta de la choza cabibaja que acogía bajo su techo al nuevo hogar, en tanto que la Marga cuidaba solícitamente a unos polluelos, Evacho, con candorosa ternura paternal, mecía entre sus brazos al hermano pequeño....

Febrero de 1927.

*Humo en
las Eras*

CERCA de la casa de la hacienda, allá, en los repliegues de los Andes orientales, se escuchó el anhelante relincho del caballo en que llegaba don Casimiro. El «noble bruto» como el gigantón don Casimiro llamaba a su caballo, llegaba jadeante bajo el peso de la inmensa mole humana.

Don Casimiro era el único que así se llamaba en el pueblo y por eso, a la simple enunciación del nombre, todos sabían ya de quien se trataba y evocaban su descomunal figura, rematada por una cabeza calva y redonda, igual que sonrosado y brillante hemisferio.

—Ya pas qui vieni patrún —dijo el hortelano, a tiempo que entraba en el patio de la derruida casa solariega, sudor y resoplidos, el percherón castaño que sobre los recios hombros traía a don Casimiro.

—Güinus días di Dios, patrún —clamorearon a coro los indios que esperaban su llegada, mientras uno de ellos tomaba las bridas y guiaba al caballo hasta el alto pretil, para que pudiera desmontar fácilmente el hacendado.

Un esfuerzo penoso y redoblado: don Casimiro, irguiéndose difícilmente sobre los estribos, levantó su corpachón. Las piernas le temblaban en la brusca tensión del esfuerzo. Se inclinó hacia adelante, se aferró fuertemente a la silla y al fin pudo voltear su

pierna izquierda por encima de las ancas del perchero, que, aplastándose en el lomo y abriendo las patas traseras, buscaba afirmar sus cascos en el empedrado.

Las espuelas, de grandes rodajas, estridaron sobre las baldosas. Desanudándose del cuello su amplio pañuelo listado, y extrayendo de su boca el grueso cigarro «Victoria», don Casimiro tosió fuertemente y lanzó un ecupitajo. Su vozarrón, entonces, resquebrajó el inmóvil silencio:

—Y ya están todos aquí, Sacramento? —interrogó al Mayordomo. (Los peones se miraron interrogantes, unos a otros).

—Ya patrón. Solo el Julián no parece tuavía.

—Ah! ¡cholo sinvergüenza! Acostumbrado a robar, a mí también me quiere robar las horas de trabajo! ¡Ah! ¡Ladronazos! ¡Mañosos! —la vozarrón se perdió, retumbante, en el gélido vacío de las habitaciones de la casa, que en ese momento abría el ha-cendado

* *

Don Casimiro era hombre desconfiado y avaro. Para él cuantos le rodeaban eran unos mañosos, según su expresión favorita y pueblerina; los indios de su hacienda, especialmente, eran unos ladrones. Por eso se enfurecía y vociferaba cuando le distraían una brizna de hierba o le escatimaban, aunque sin culpa, unos minutos de trabajo. «Uno que se sacrifica, que padece trabajando —solía rugir— para que todo se lo lleven esos indios mañosos! ¡Ah! ¡Ah!».

Su exacerbada y rabiosa mezquindad le hacía recelar de todos, y cuando llegaba a sus dominios

iba aguzando el oído, buyendo la mirada, como rastreando las posibles huellas de los que podían haber menoscabado sus teneres..... Tenía pasión por atesorar y sus gastos personales, como los de su escasa familia, sabía moderarlos al extremo. Por eso disputaba con su mujer cuando compraba unos terrones de azúcar para endulzar el café tinto. «No derroches, no votes el dinero —solía amonestarlo—; ¿quieres que nos quedemos en la calle?» El saboreaba su cafesito sin dulce, así se paladeaba mejor la esencia y era más estomacal. I feliz en sus privaciones, hartaudo su gastronomía con humildes coladas de harina, vivía mascullando su odio contra los indios mañosos.

* *

Mañana serraniega. La azulada montaña, hierática en su perplejidad, dejaba escapar, en lentas vaharadas, el denso aliento de la tierra. Sobre las cimas de occidente el sol tendía hopalandas de luz. Un tímido vahaje soplabá ténue la canción del río.

Don Casimiro disponía las labores agrarias, llamando algunos indios por sus apodos:

—Vos Cuy, con el cholo Pedro, vayan al cerco del fundo. Hay que zanjar hondo de lado y lado. Vos, Cabuyero, llevá la semilla pa la siembra. Pero, muévete, hombre; muévete!—remataba la orden, impacientándose.

En el pesado «Walthan» que portaba don Casimiro, los punteros marcaban las ocho y seis minutos, cuando llegó Julián Maita. A manera de gruesa bufanda, el poncho sobre la nuca, y el machete —divisa del labriego— terciado del hombro a la cintura, le venía golpeando las desnudas corvas. Llegaba igual

aquella «mañana del lunes», despejado y alegre.

Al verlo llegar, don Casimiro le cortó el saludo con un ronco bufido:

—¡Ah! ¡Sinvergüenza! ¡Ladrón!... Estas serán las horas de venir al trabajo?

—Mi' atrazadu un puquitu, patrún —se disculpó Julián.

—Quítate, ¡carajo!, antes que te desuelle —volvió a rugir el hacendado, y agregó: —Tendrás que trabajar hasta las seis pa reponerme al tiempo si quieres que te reciba, haragán!

—Así será señor — asintió el indio, con una sonrisa ambigua.

Y ese día, hasta bien entrada la noche, la lampa de Julián escarbó con rabiosa insistencia el pedregoso suelo ...

* *

Julián Maita era cholo despierto. Una ágil vivacidad chispeaba en su mirada inteligente. Había aprendido la cartilla en la escuela de El Valle, donde la señorita Isabel Aleocer, preceptora ignorantona y liviana, después de hacerle recoger leña, traer agua, barrer la pieza, le enseñaba a deletrear y dibujar su nombre: «Jota...u...ju, ele...i...li, a...ene...an: Julián»—aún parecía repetir en sus oídos, con cansada insistencia, el invariable monorrítmico de la voz magisteril.

De los días vividos en la escuela, recordaba ciertos pasajes que ahora —peon de la gleba de don Casimiro— se le presentaban explicativos y saudosos. Cierta ocasión —recordaba— la *mestra* le había retenido, después de licenciar con anticipación a los de-

más alumnos: «Ve, Juliancito, quedate pa que mo dís barriendo la pieza y trayendo agüita, porque van a venir unos parientes de la ciudad.» Accediendo al pedido de la señorita Isabel, Julián se había quedado. Hacia la media tarde llegaron los parientes de la maestra, dos pinganillas que portaban una guitarra y dos torineras de puro, para escanciarlas con «agüita de canela» preparada por la profesora. Los mozos se divertían, cuando, cerca del anochecer, acertó a pasar por la plaza del poblado, frente a la que se abría cual boca desmesurada la puerta de la escuela, don Casimiro, que regresaba de su heredad. Uno de los mozos reparó en él y le salpicó de fuertes adjetivos rezumantes de alcohol:

—Viejo, ladrón! ¡Sinvergüenza!

Don Casimiro, sin volver la mirada, la cabeza inclinada, en actitud al parecer meditativa, pasó como si nada ni nadie le hubiese estorbado.

Pero Julián Maita que conocía a ese hombre corpulento, a quien su padre, con fingido respeto y manifiesto temor, le llamaba patrón, se quedó asombrado de aquel desplante del *laichu*, que con descarada avilantez había injuriado al señor. ¿Por qué le llamaría ladrón y sinvergüenza?, cavilaba el indio. I esas palabras solo pudieron tener explicación después, cuando supo de las continuadas depredaciones cometidas por el acaudalado prestamista, al haber arrebatado los pocos bienes de los infelices que eran deudores de su dinero. Por eso, después de algunos años, cuando el calificativo que el pinganilla le encasquetara a don Casimiro, éste, sin justificación posible, se lo endilgaba a él, que no era un mañoso, su recio pecho de maderero se agitaba, poderoso, en la amplitud del tórax y en sus ojos se iba iluminando, cada vez más

lívica y acerada, una tétrica mirada de rencor.

* *

Subía cuando aún las sombras amortiguaban el silencio y el día era apenas una vaga insinuación de luz. Iba tras de su yunta (un robusto frontino que había comprado en las vaquerías de Jipiro y el mulato palancón, que pertenecía a la hacienda); los bueyes ascendían pesadamente por el camino de la montaña, sus narices goteantes evaporaban la madrugada.

La mañana descorría sus visillos y con «la alza de la nube» la llovizna le respunteaba el pencho. Al fin llegó al cargadero, un claro del bosque donde se arrimeran los trozos de madera. Más allá estaba la tupida maraña de las chinchas, cerrando el pazo con sus finas espadañas; la malla de los bejucos que se contorsionaban anudándose al torso de los árboles, aprisionando los tallos de las cañas versátiles, y, más allá, por todas partes, la insurgencia del monte, que se estremece y ruge en lo alto de las copas vapuleadas...

Allí, hollando el humus esponjado de helechos empinándose sobre resbaladizos puentes que carcomidos troncos tienden en las cañadas; arrebuajados de niebla, duplican su penoso esfuerzo los madereros en la recia tensión de la palanca.

Julián amarró los bueyes en un pequeño prado, exhuberante de pasto montañez, y se internó en la maleza. Recios golpes de hacha percutieron en el claro diapasón agreste. Las pavas montaraces, con agudos chillidos, despertaron la algazara del bosque. A poco, se oyó un crepitar, un requebrajarse de ra-

mas restallantes, y, luego, un golpe atronador y profundo, que con grave resonancia lo repitió el eco por las amplias inflecciones de la montaña. Erguido, sudoroso, apoyado sobre el cabo del hacha, Julián Maita contemplaba el añoso tronco de cedro, abatido por la indomable fiereza de sus biceps.

* *

La tarde encendía sus tonos amarillos. Por el empinado declive del camino serraniego, bajaba Julian con su yunta:

—¡Oro! ¡oro! luzha!— alentaba a los bueyes.

Había llegado ya al río, en el fondo de la vaguada. La fatiga le quemaba el pecho. Dobló sus rodillas y, sacándose el sombrero, llenó su copa de agua y comenzó a beber. De pronto, un ruido de cascotes sobre las piedras de la playa le dejó en suspenso. Volvió la cabeza y se sorprendió con la inesperada presencia de don Casimiro que, cabalgando su castaño, con rostro ceñudo se acercaba hacia él. Julián quiso ensayar un saludo, cuando la vozarrón del hacendado guillotínó sus palabras:

—¡Ah! ¡Sinvergüenza!... ¡Ladrón!... Robándote mi maderal!... Quién te ha mandado que votes ese trozo?

—Siñur, si madira nu is toyo: di hacienda vicinu is. Yu cumprandu siñura Aguida a cuinta di trabaju —explicó el indio.

—Silencio, carajo! Como si no supiera lo mañoso que sois —rugió don Casimiro y agregó, ordenando imperativo:

—Inmediatamente me vais a dejar ese palo en la casa de la hacienda!

—Piru siñur, si palu is mío.

La furia de don Casimiro se desbordó. Hincando las espuelas al caballo y blandiendo el extremo de la rienda trenzada, arremetió violentamente contra el indio, que con agilidad, comenzó a evadir los golpes y las pisadas. Pero como redoblaba la carga y ya se veía estrechado contra la empalizada de los tajamares (1), con las miradas quemantes, en un arranque de instintiva represalia, alzó su palanca — poderosa aliada de los maderos— y descargó un recio golpe en la cabeza del hacendado. Don Casimiro se debatió sobre la silla y luego se desplomó pesadamente, ladeándose por la grupa. El caballo, lanzando resoplidos, cruzó el río a grandes traucos y se perdió por el camino que lleva a la casa de la hacienda.

Julian se había quedado inmóvil, un brazo sosteniendo la palanca, pendiendo flácidamente el otro. Inclínada la faz hacia adelante, miraba atónitamente al hacendado que, teñida en sangre la frente, pugnaba en el suelo por incorporarse. Un relincho lejano sacudió su perplejidad. Don Casimiro seguía abatiéndose como un beodo. La yunta, en el borde del agua, bebía plácidamente. El indio arrojó entonces la palanca y presto estuvo ante los bueyes, desató afanosamente las coyundas y los separó; desenvainó el machete y, poniéndolo por delante, con recios planazos obligó a su frontino a correr cauce abajo, siguiendo el curso de la vagorosa corriente.

En los alisales del río las sombras se iban guareciendo.

* *

[1] Por *represa*.

Las diez horas de la noche se ahogaban en la garganta de los gallos, cuando resonaron unos golpes en la puerta de la casa de don Rosendo Tello, negociante de ganado que vivía en el barrio de Las Pitas.

—Siñur Rusindo, gñinas nuchis di Dios —se anunció Julián Maita.

—Quien es? —preguntó una voz áspera desde dentro.

—Yu, siñur —replicó el indio y agregó: —Vina avisar, pur siacaso, nu querís comprar on toro?

Don Rosendo abrió la puerta. Negociante ducho y avezado, miró con curiosidad y desconfianza al indio. Luego se frotó los párpados e inquirió:

—Onde está el toro?

—Ili pes, acabajitu in caminu istá.

Al velado resplandor de la noche solo se miraba la mancha blanca que albeaba en la alta cerviz del frontino.

Don Rosendo encendió un candel y se dirigió, seguido de Julian, al sitio donde estaba amarrado el buey.

—¡Ah! Tu toro mismo ha sido. Este es de las crías de don Manuel?

—Si. Di'ay mesmo lo truje —y explicó a continuación:— Sulu pur tiner on necidá l' istuy vindiendu.

Hubo un regateo y luego quedó pactado el negocio. Don Rosendo dijo: «elaque», y entregó «sesenta soles» al indio.

A la media noche, el silbo de Julián —ya de vuelta a su cortijo montañez— cernía nostalgias en el tamiz impenetrable de las sombras.

* *

Sacramento Quizpe, Mayordomo de la hacienda de don Casimiro, se había levantado demañanita. Eran las dos de la madrugada cuando sigilosamente abrió las puertas de la habitación. El perro casero, que dormitaba junto al poyo del corredor, ensayó un gruñido, pero Sacramento lo apaciguo llamándole quedamente:

To, to, Llapango! —El perro se acercó sumiso, insinuante la cola.

Sacramento se sentó en el poyo y lió un *papelillo*. Sabía que antes de clarear vendría de la ciudad una escolta «para tomar al indio atrevido de Julian, que lo había medio muerto a ño Casimiro». De vez en vez aguzaba el oído, creyendo acaso percibir cautelosas pisadas. Abajo, en la hondonada, solo se escuchaba un áspero rumor, como de piedras al rodar por los cauces sedientos

Trenó la sucurimba (1) su canto zahorí y hacia el oriente se adivinaba como una ténue claridad. De pronto, flameó una gran llamarada en la loma vecina, cuyo resplándor proyectó la silueta de Sacramento en las paredes enjabelgadas de la casa. Luego se dejaron escuchar, en igual dirección, unos bramidos lastimeros y la fogata comenzó a ahogarse entre una densa humareda. El Mayordomo se incorporó y se quedó *chapando, chapando* (2) No podía precisar el sitio en que se elevaba la hoguera; pero le parecía que era muy cerca de las parvas de la hacien-

[1] Mochuelo. [2] Mirando.

da. Quién sabe si alguno prendió las parvas, dijo para sí, y, muy preocupado, fue a despertar a su mujer.

Suavemente la luz matinal fue dando corporeidad a las cosas. Entonces se pudo distinguir que la columna de humo, densa y blanquecina, se alzaba desde las eras, donde habían desaparecido los cónicos perfiles de las parvas. Sacramento *aguaitaba* azoradamente... Al fin, como evadiéndose de un letargo, comenzó a lanzar gritos de alarma, llamando a todos cuantos vivían en la casa. A poco, con ojos despabilados e inquisidores, se asomaron el hortelano y el vaquero. ¡Ay, vi! ¡Ay, viiii! —eran las exclamaciones de asombro de los indios.

Pasada la primera impresión, todos se encaminaron hacia las eras: bajaron hasta el río y pronto comenzaron a ascender lomada arriba. Estaban ya próximos al sitio del incendio, cuando olfatearon un olor entre apetitoso y repugnante.

—Uml güelen ustedes? —Preguntó Sacramento.

—Pas qui hubran chiaspadu cuchi —comentó el hortelano.

Las narices dilataron sus fosas; los pasos se apresuraron,

* *

Habían llegado a las eras. De las parvas solo quedaba ahora un hacinamiento de cenizas humeantes. En el centro del ruedo se alzaba una picota y, atado fuertemente a ella, como pendiente del palo, se encontraba el mulato palancón, *chulla* de la yunta de Julian Maita. El cuerpo informe del animal se abría por todas partes en requebrajaduras sanguinolentas,

que evaporaban ese como tufillo de asado casero; el cuello tensamente curvado, como olfatéandose a sí mismo, denotaba el penoso esfuerzo del animal; los ojos, fuera de sus órbitas, semejaban dos globos de vidrio hinchados de humo.

Los campesinos se quedaron estupefactos. El vaquero, intensamente conmovido, lamentó:

—Lastimita, huagrita di Dios!

—No es otro qu'el Julian —dijo Sacramento.

—Asi mi lo da ganas di pinsar —contestó el hortelano.

—Cholo bruto... matar el güey! Solo de pique con el patrón. Hay que dar parte ya mismito a ño Casimiro. I d'est' hecha sí que se jodió.

* *

Allá, en las hurañas serranías de Chapamarca, más abajito de la Quebrada del Muerto, un colono de Jipiro que venía trayendo *providencia* del caliente, hacia el amanecer del mismo día se topó con Julián.

—Onde güeno Julián?

—Puacabajitu numas.

Julián Maita se marchaba al Perú. No era que *juía*: simplemente s'iba pa andar esas tierras.

Lo han

Chucado

TODAS las mañanas la zhuña madrugadora le lava la camisa al campo. Cada hoja es un estuche. Sobre el prado brillan infinidad de aristas argentadas, como si en el mortero de la noche hubiesen triturado las estrellas.

Los diamantes son gotas endurecidas, petrificadas. Las gotas, sobre la hierba, ríen con los ojos niños de las esmeraldas.

El campo se despereza: bostezan los oteros su vaho de neblina; los saucedales despeinan cabelleras de trinos; en los corrales atruenan los mugidos; una tempestad de vellones se arremolina en los apriscos.

* *

El Mayordomo se contonea como un pavo, bajo el amplio poncho huanaco. El Mayordomo se llama Manuel —nombre propio de los mayordomos.

El campo, nuevecito, voltea su verdor en los alcotes; la mañana bruñida, ríe con estridencias de luz. No obstante «el frío comfortable» el Mayordomo se impacienta.

—Que le pasa don Manuel? Se ha disgustado con la almohada? —El Mayordomo plega el ceño, erizando las cejas velludas:

—Hay de haber paciencia con estos indios ara-

ganes! Tan de día y ni siquiera han ordeñado. Aurita están arriando las vacas —y miraba hacia la amplia sabana donde apacentaban los ganados.

Y proseguía:

—A qui'horas han de llevar la leche a la ciudad?
¡Ay! Si esto de lidiar con los indios es la pior desgracia!

* *

El indio Pedro venía del ordeño: sobre sus hombros curvos la pesada olla de arcilla; su cuerpo zahumaba un olor a leche fresca y tierra removida.

—Güinus días di Dios, siñur.

—Por qué te has hecho tan de día? —inquirió, disgustado, don Manuel.

—Tirniru di vaca molata nu quizó mamar; iso jue qui dimurú. Vaca iscundió lichí tuditu. Tirniru istá injuermu, corsientu istá siñur.

—Enjuermo? Y por qué no hais avisado?

—Is qui aura nu más istá así, siñur: ayer lo istuvo andando güeno, aura is qui'amanicidu distarri-gadu.

Don Manuel se quedó pensativo; luego, volviendo de su abstracción, ordenó autoritariamente a Pedro:

—Corré, anda traíraslo pa verlo.

El indio cogió el rebenque que colgaba de una horqueta, junto a la puerta de la despensa y, a paso menudo, se perdió por el portón que daba acceso a la cuadra.

* *

—¡Uzha! ¡uzha!

El ternero venía despacio, a empellones, cruzándosele las patas; los azulosos ojos le lloraban. Pobre animalito! Como se le había erizado la pelambre. Juliana, la mujer de Pedro, le retorció la cola para obligarlo a caminar.

—Ve, pes, el torito! Sobre que yo decía pa *padroncito* —exclamó don Manuel.

—Ayir bien lu istuvo cumiendu, sulu aura is qui amanici chupado —explicó Pedro.

—Transi! —llamó el Mayordomo a su hermana, que se ocupaba en los menesteres de la cocina.

Doña Tránsito —una cincuentona de carnes enjutas, nariz picuda, ojos saltones y vivaces— salió al momento, tocada su frente con un mandíl.

Que querís, Manuel?

Vení verís esta compasión del ternero de la vaca mulata. Dios me libre, pero me dá gana de pensar no se qué .. Que pensáis vos? ...Será enfermedad natural?

— Que natural va ser! Pa mí que lo han *chucado* —y sus ojos vivoriles parecían zaherir al indio, que escuchaba cabizbajo.

— Bien decís voz —asintió don Manuel—, algún indio de estos brujos tiene que haberle hecho el mal. Y aura cómo lo curamos?

— Hay que zahumarlo con romero bendito y darle agua de San Vicente con sal de Piedra —recetó doña Tránsito, que era experta en curar las brujerías.

— Hombre, y yo si guardé d'esa agua bendita —dijo don Manuel y fuese en busca del agua milagrosa, que guarda todo chacarero en su botella *torinera*.

Don Manuel era «hombre blanco»; su fisonomía denunciaba una ascendencia distinguida: alguien afirma-

ba que era hijo de uno de los antiguos dueños de la hacienda. Como buen creyente, era extremadamente supersticioso y sentía una terrible aversión y profundo temor por los «indios brujos»: A él ya le había pasado: «Una vez le hicieron salir un incordio en el pie solo pa que no pueda andar y no vaya a cuidar el trabajo de los piones. Indios porquerías; incrédulos!»

* *

El animalito no tenía fuerzas para resistirse: Pedro le tiraba la lengua y el Mayordomo le introducía la botella del agua taumatúrgica hasta el esófago. En tanto, doña Tránsito, afanada y presurosa, pululaba en torno al becerro, con un tiesto en la mano, en el que, sobre brasas rojas y crepitantes, humeaba un hato de romero bendito. Doña Tránsito imploraba:

— ¡Ay! Madre mía bendita, san Vicente bendito, hacé que se cure! Estos indios sucios, estos pícaros!.. Si hasta las huahuas, criaturitas de Dios, las han sabido chucar.

Doña Petrona, una campesina barrigona y curiosa que había llegado ese momento; admiró:

— Hasta las huahuas!

— Hasta las huahuas, comadrita —afirmó doña Tránsito, y prosiguió:

— Pero, mire: se han sabido curar haciéndoles una cruzita en el ombligo con la saliba de'uno, después de santiguarse, y también hay que darles agüitas frescas, porque el chucado, viera, ha sabido ser ferte.

— Ay, veeeee..... güeno es saber —comentó la Petrona.

Sobre los árboles cercanos a la cuadra, unos cuervos aleteaban lúgubramente, otros remolineaban en el aire describiendo negras parábolas. Junto a la cerca del potrero mugía lastimeramente la vaca mulata.

—Vindrí, señor —musitó tímidamente la voz del indio Pedro, a la puerta del cuarto donde el Mayordomo se congestionaba en su siesta burguesa.

El Mayordomo se incorporó, haciendo crujir la madera de su catre. Se frotó los ojos soñolientos, extendió los brazos en un largo desperezo y se quedó mirando al indio, con ojos bobalicones e inyectados. Al fin contestó:

—Que querís majadero?

Señor, vinía p'avisar qui tirneru ya morió. Sirá di quetar curo?

Don Manuel se quedó pensativo. En sus gra-sientos oídos parecieron resonar, sordas, las palabras de la Tránsito: «Que natural va ser!...Pa mí que lo han chucado ...» Alguna vez lo iban a chucar a él también, a él que estos verdugos no lo querían. Ociosos, porque los hacía trabajar! I sus ojos llamearon de furor:

—Qu'iba a vivir, pedazo e brutal!... Buenas noticias me traís. Con esas brujerías de ustedes qui'anima-les va haber! —y añadió amenazador: —Anda traíraslo pa ver que tiene en las tripas. I que sea cosa de ustedes! Ya verís lo que te pasa, bribonazo!

Porque a don Manuel la brujería lo atormenta-ba. Se le imaginaba una viborilla venenosa que se les sale de los ojos y se introduce en la persona o animal que quieren fregar. «Una ojiada de estos in-

crédulos —solía explicar— es porque a uno lo jodió. Sobre todo, cuando tienen algún pique, guárdese, señor, de estos indios» ---- La superstición había eprai- zado profundamente en él para atenazarle la vida.

* *

Pedro regresaba de la cuadra, sudoroso, tirando de la cuerda con que arrastraba al ternero. El animalito estaba tieso, sus huesos traqueteaban sobre las piedras.

El Mayordomo fue en busca de la piedra de afilar; luego se deshizo del peso de su poncho y, recogiendo las mangas de la camisa, se puso a sacar filo a su navaja; probó después la hoja rebanándose la palma de la mano, y, al fin, le ordenó a Pedro:

—Abrile las patas; vos, Transí, tenele las *manos*, así, pocarriba.

Cuando hubieron dispuesto al animal en la forma indicada, don Manuel, después de santiguarse, introdujo la navaja en la panza y, como quien rasga un pergamino, hizo de arriba—abajo un corte rectilíneo. Los gases eructaron su pestilencia. Que mal olía eso! Don Manuel exclamó:

—Pucha perro! ¡Que gediondo! Acaso los animales gieden así? —y encarándose con el indio, agregó:

—Vos le habís hecho el mal... Esperate, brujo, bribonazo!

El indio quizo ensayar una humilde disculpa, pero don Manuel le interrumpió amenazador:

—Callariste, carajo! ¡No me molestís más la paciencia!

Pedro inclinó la cabeza, sus ojos angustiados

rastrearon por el suelo..... Don Manuel comenzó a hurgar uno a uno los intestinos, entre gestos de disgusto y ligosos escupitajos. Sus manos sanguinolentas apestaban. De repente sus dedos tropezaron con algo áspero, dentro del intestino grueso: abrió cuidadosamente y extrajo de los excrementos una bolita erizada y fibrosa. El Mayordomo se quedó absorto: no sabía que decir. Los nervios le agujonearon espeluznando su cuerpo, y, tembloroso, desconcertado, enseñó la bolita a su hermana:

—Pero... pero, ve lo que ha tenido. Qu'iba a vivir nada! —doña Transi gimió:

—¡Ay, Madre mía, ampárame! ¡Dios santo, favoréceme! —y soltando las patas del animal, se apartó de ahí como el que evade un peligro.

Don Manuel arrojó con pavor la bola pestilente y, azorado, fue a lavarse las manos.

—Porquerías!.....

* *

Al día siguiente, cuando Pedro se alistaba para ir al ordeño, fue noticiado por el Mayordomo:

—Entrégale la hortelanía al Pirucho y vos vé onde te vais. Lo qu'es yo no te consiento un día más en la hacienda —y alzando el tono de la voz, agregó: —No quiero más pícaros ni incrédulos!

Pedro se dió cuenta que era inútil insistir.

—Güino, siñur, así lu mandais vus; qui tam vamos hacer.....Yu nu hai hecho nada.....así sírá, pes.

—I tuavía la pechuga de negar, sinvergüenzal! —rugió don Manuel— Lárgate pronto y ni me pises más la hacienda!

Pedro, aún interrumpió implorante:
—Has di dejar sacar chacrita, señor?
—Si quisieras! Y quien me paga a mí el ternero?
Pechugòn, después de hacer semejante mall!
I lo arrojó de la querencia.....

* *

Durante muchos días se vió al indio Pedro, de hacienda en hacienda, pidiendo una «pusisiunsita», deambulando como un pordiosero, que iba mendigando la voluntad de los hombres. Tras de Pedro seguían su mujer y sus hijos, pequeñuelos y desarraigados. Nadie los acogía. Por todo el valle los ilusos campesinos comentaban, dando pábulo a su inocente credulidad, las brujerías de Pedro. Todas las portadas se le cerraban con un «no hay trabajó», «no hay posesiones», y el recelo de todos rodeábale de repugnancia, como a un perro sarnoso.

Hasta que un día, seguido de su enlutado cortejo, en su desesperación cerril trasmontó la cordillera, a horcajadas, sobre el lomo áspero del cansancio.. ...

Sobre los

Surcos

HABIA que hacer rama (1): todos los indios de Los Egidos debían cooperar con sus aportes para el viaje de sus personeros a Quito. Se iba a reunir el Congreso y era preciso que taita Julián y taita Sebastián — cabecillas de indios— fueran por centésima vez a plantear las demandas de la Comuna. La tierra, gárvida de leyendas, ensanchada de promesas, tenía que ser exclusivamente de ellos, de los indios.

Al llamamiento de los caciques todos habían respondido con liberalidad: fueron quinientas familias que rindieron su tributo a la causa comunal; quinientas zhicras que se dieron generosas, vaciando sus ahorros; quinientos hogares que escatimaron el yan-tar. I entonces, como antaño, pasos esperanzados se dirigieron hacia el norte, donde es pródigo el sol sobre la morada del señor.

Un día el alba se levantó más temprano. El campo, con rutilaciones de berilo, se puso a sonreír. Había llegado la gran noticia: el Congreso «adjudicaba las tierras ejidales a sus actuales ocupantes». Un aluvión de júbilo se desbordó por toda la comar-

[1] Colecta de dinero.

ca; las flautas taciturnas dejaron escapar sonos alegres y una vislumbre de esperanzas colmadas reverdecíó por toda la floresta... La tierra era al fin de ellos! ¡Mama allpa! ¡Mama allpa!

Cohetes jubilosos restallaron el hurra de los labriegos.

* *

Bajo los aleros coloniales, al borde de las veredas o a la sombra de los soportales que circundan la plaza, manchas de indios ponían su nota típica en la monotonía del ritmo semiurbano. Se verificaban por entonces las adjudicaciones de las tierras y todos los pobladores de Los Ejidos habían salido a recibir el título de su parcela.

—Las zhicras, abultadas, ocultaban en su malla la *cuajada*, blanco y delicado presente para el abogado personero del Gobierno; los canastos repletos de huevos fresquesitos, estaban prontos a estimular la glotonería del Escribano, y en las alforjas que pendían desde los hombros de los indios, con inquietud de llama, se asomaban, mariposeando rojas, las crestas de los gallos, que irían a sazonar la mesa de los curiales.

Frente a la escribanía de don Nicanor los indios se apretujaban. Un nauseabundo olor zahumaban los anacos. Había un devenir continuo, uno como agitarse de recelos y ansiedades. Don Nicanor no se daba tregua: con el canutero enhorquetado en la oreja, batallando entre rimeros de papel sellado, mostraba su gesto hostil y autoritario a los indígenas, que lo apabullaban a súplicas y *agrados*:

—Taita Nicanursito, taititu, ilaque güibitus —tre-

naba una india.

—Señor Escribano, da haciendo iscritorita —imploraba un indio. Don Nicanor aceptaba a todos el presente y les ordenaba retirarse:

—Ya me asfixian, indios puercos. ¡Retírense! Ya les he dicho que hoy no puedo atender a todos —y como quien conversa con su propia ambición, agregaba: —El que quiere pronto despacho tiene que pagar mas. Eso es todo.

La voluntad del Escribano se ponía entonces en subasta....

* *

Entre los indios que deambulaban cerca de la Notaría de don Nico —así le llamaban sus conocidos— se hallaba la Dolores Pullahuari con su hija, Rosa Quizhpe. Estaban allí para reclamar la propiedad de la pequeñísima parcela que había ocupado el marido de Dolores y padre de Rosa, «el finado Nazario Quizhpe», como se lo nombraba ya de muerto.

Eran algunos los días que las indias andaban trás de celebrar la escritura que les daría la seguridad en el dominio de la tierra, pero sus clamores aún no llegaban a los oídos del Escribano. No solo hacía falta despoblar el gallinero ni ralea el incipiente rebaño: era necesario pagar y pagar bien, puesto que los agrados no bastaban. «Buena ancheta la de estos indios —argumenta don Nico—: el Gobierno les regala las tierras y no quieren pagarnos los honorarios! Qué valen esos agrados? Un cuy, una gallina, de repente un borrego! No. No podemos obsequiar nuestro trabajo! No es así, señor Delegado?» —interrogaba al personero del Gobierno, que le miraba con ojos in-

dulgentes.

Pero la Dolores y la Rosa carecían de dinero. De sus cuatro ovejas solo les restaban dos; pues, tuvieron que entregar una para el fiambre de los cabacillas que se fueron «al Quito» y la otra se la llevaron de agrado al Escribano. Después, solo quedaba poniendo una nota de vida en el mezquino pegajal, su vaquita negra, su *huagra* de babosa mansedumbre, de anchas pupilas ovaladas, ni más que ver pepas de *huato*.

Y sin embargo tenían que desprenderse de todo ello. Entre los rábulas y tinterillos que merodeaban por allí, prestando el honesto servicio de intermediarios, se encontraba el Dr. Felipe Bastidas. Desoladas y abatidas en su postergación, las indias se acogieron a él como a la última tabla:

— Señor Ducturcito, hací juavor di dar viendu a siñur Iscribanu, qui dí iscritorita. Pur Dios, taita Ducturcitu. Nusutras pagandu a vus, taititu.

— Contrayendo su cara, desfigurada por una larga cicatriz, el Dr. Felipe esbozó una sonrisa de satisfacción codiciosa.

— Esperen un rato. Voy a hablar con don Nico. — y franqueó la puerta de la Notaría, abriéndose paso entre el apretado grupo de indígenas que allí estaban apostados. Las indias vieron entonces entrar su esperanza por la puerta de la realidad.

Cuando volvió el abogado, les explicó que para obtener la codiciada escritura era menester abonar los honorarios al señor Escribano, que «los estimaba en treinta suces por cada adjudicatario», pagar cinco suces al amanuense y «sufragar los gastos legales». «El señor Delegado — aclaró — no cobra nada: así me lo ha dicho. Por mi parte — y aquí adoptó una acti-

titud grave y, al parecer, digna—, para hacerles la minuta y conseguir que pronto se les atienda, solo les cobrarè... ..treinta soles; fuera del agrado, eso sí».

—Piru, señor Ducturcitu —clamó la Dolores—, nusutras nu tinimus di dundi pagar tantu... ..Vinti socrisitus pagarimus a vus, Dacturcitu.

—Nooooo. Mi trabajo vale más.

—Nu ribajarán alguitu? —interrogó, la india, entre esperanzanda, y agregó:— Comu dicin qui Gubirnu istá dandu numás tirras!

—Si... Claro..... Pero ustedes tienen que pagar los gastos de la adjudicación. Bueno estaría que todo eso pague el Gobierno! —repuso secamente el Dr. Felipe. La Dolores imploró aún:

—Piru si tierra nuistru puquita numás istá, pida-zita numás taita Duetarcitu. Fuira cumu di utrus, di taita Sibastian, pagaramus numás intuncis.

—Bueno —reinató el abogado— no puedo perder más tiempo. Si llevan buen agrado les rebajaré de mis honorarios unos diez sucres. Lo qu'es los demás no rebajan. Si les conviene bien y si nó, hasta luego.

Su cara volvió a contraerse y el gesto de su boca, desviada hacia el lado izquierdo, le daba un aspecto dolorido y risible.

—Qui lu vamos hacer, señor... Pagarimus, puís; qui tam vamos hacer —Expresaron resignadas las dos indias.

Después de tanta angustia, al fin un respiro de quietud. Lo sacrificarían todo, venderían su vaquita, pero tendrían su parcela, su miserable pedazo de tierra, tan suyo como su huagra, como su allko pastor de ovejas trasumantes.

* *

—Si quieren cinco libras, bien. Está muy delgada, no tiene nadita de ijar —argumentaba resabidamente el matancero García.

—Da alguitu más. Si huagra huarmicitu, lichicitu istá —suplicaba la Rosa Quizbpe, que había llevado su vaca a la ciudad, para venderla.

—Bueno, cinco sucres más les voy a dar. Si les conviene, bien, y si no, no hay negocio —remató terminantemente el jifero, a tiempo que extraía del bolsillo un rollo de billetes grasientos.

La india miró desconfiadamente al matancero, luego, con ojos desolados, fijó sus miradas en la vaca, que ramoneaba indiferente, levantando con la cola un torbellino de moscas.

—Quieren o no? —insistió García, enseñando a la Rosa los billetes y adoptando la actitud premiosa del que se siente de prisa.

La india vacilaba aún, pero al fin asintió:

—Güinu, pis, señor. Ya nicidá sirá qui vindimus —dijo, como queriendo justificarse.

El matancero humedeció sus dedos con saliva e hizo resbalar cinco billetes de a diez sucres y uno de a cinco hacia las manos de la Rosa. Luego, tomando el cabestro, se alejó lentamente, al tardo paso de la vaca que parecía seguirle de mal grado.

* *

Oprimiendo en el seno los billetes obtenidos a cambio de su vaca, en actitud cautelosa y desconfiada llegó la Rosa, seguida de su hija, hasta la puerta de la Notaría de don Nicanor. Traía en sus ojos

una expresión nueva y despejada. En ese momento, el Dr. Bastidas tecleaba torpemente en una máquina de escribir.

— Güinas tardis, siñur Ductarcitu; güinas tardis siñur Iscribauu.

Bastidas suspendió el trabajo y se dirigió hacia las indias, que se habían detenido, sombrero en mano, en la puerta de la Notaría.

—Trajeron ya la plata?

—Ari, ari, Ductarcitu. Ya lu istamus trujiendu.

—Y ya se arreglaron con Julián?

—Piru, qui sirá di arriglar cun taita Jolián? —interrogó la Dolores.

—No ves que él tiene que dar los linderos. Vayan a verlo y tráiganlo para poder hacer la escritura. Por allí no más ha de estar.

—Piru si lindirus nusutrus numás dandu, Ductarcitu. Yu sí cunucieudu míu tarrinu —argumentó la Dolores

—No. El señor Delegado solo dá crédito a lo que le dice Julián. Vayan a verlo pronto.

Las indias cambiaron miradas interrogantes. La Dolores preguntó:

—I qui, ¿tambin sirá di pagar a taita Jolián?

—Claro, pues; pero no les ha de cobrar mucho. El sí ha de saber que son pobres.

—Quin sabi, siñur Ductarcitu.....Taita Jolián nu lu sabi cumpadicer.

I por tercera vez tuvieron que alejarse de la Notaría, musitando su nueva ansiedad y su antiguo recelo.

* *

Las doce del día traspusieron el dintel meridiano. Se pisaba ya la sombra. En torno a una de las bancas colocadas a la orilla de los soportales, se había formado un corro de indios. Hacia el extremo de la banca estaba tendido el mantel de mote. Julián almorzaba mientras los demás indios le daban conversación.

—Carachu, yu si lu dijé al Crisusto: si nu lu'arriglais premero con taita Julián, nu ti lu ha di dis-pachar Iscribanu —decía uno de los interlocutores.

—Olaro, puís, humbricitu; —respondía Julián — pur algu lu' hi di sir cabicilla! —y esbozaba una sonrisa ambigua, mezcla de resabio y autoritarismo.

Un saludo vino a interrumpir la conversación:

—Güinas tardis di Dios, taita Joliancitu. Cömu lu ha cainadu? Güinas tardis, taititus.

Eran la Dolores y su hija las que llegaban ese momento, un tanto cohibidas como respetuosas. Julián contestó con acento indiferente y prosigió la charla:

—Caraju! Is qui si'an creidu qui lu suy algún allko? Lus dil «Agua Gidiunda» y lus di «Cunsacula» tiuin qui risibir lindirus di mé. Así manda Menistru di Gubirnu. Pur isu, si nu lu arriglan eumegu, nu lu ha di dar iscritora taita Diligadu.

Los demás indios asentían:

—Así lu ha di sir, taititu; así lu ha di sir.

La Dolores y la Rosa, inclinadas, pensativas, parecían avasalladas por la actitud imperiosa de Julián. Sus manos hacían girar diestramente los *husos*, sus ojos humildosos lamían las baldosas.

Julián había terminado su yantar. Las indias que, tras el grupo, esperaban resignadamente, se acercaron para suplicarle les permitiese «on palabrita».

El indio, sin responder, se les acercó. La Dolores, más resuelta, imploró:

—Nusutrus viiriendu, taita Joliancitu, para pider dis dando lindiritus di tierrita nuistru.

—Güüu, país; piru tineu qui pagar me trabaju —repuso secamente Julián.

—I cuantu sirá di pagar, taititu?

—Vinti soeres tinin qui dar.

—Caray, nu lu tinimus. Cinquitu pagarimus: nu tinindu más tam....

Julián sonrió con mofa y desprecio y, dando las espaldas a las indias, contestó:

—¡Ay carajal! Pur isi misiria, ni mi lu vuy andar lindirus.

—Piru, taititu....

El indio se alejó displicente.

* *

Al fin la tierra, tan codiciada, había llegado a ser patrimonio de ellas! Pero el mezquino pegujal, mordido por la cánicula, se iba convirtiendo ahora en un minúsculo y desolado erial bordeado de magueyes. Por todas partes la tierra enseñaba la mueca de sus resquebrajaduras. Un viento seco levantaba grises tolvaneras y silbaba, ululante, en las pencas aflautadas.

Las indias, que por primera vez habían sentido la emoción de la tierra propia, pasearon sus miradas por los contornos de la pequeña parcela y uno como deseo de escarbar, de desmenuzar la tierra les hormigueó en las manos. Pensaron entonces que debían cultivarla y sembrar; sembrar hasta el más pequeño espacio; no importaba qué, pero sembrar....

Fue entonces que del aprisco huyó la última oveja —la penúltima había ido a pagar el tributo a taita Sebastián—; porque carecían de semillas y precisaban adquirirlas, aún a costa de extremo sacrificio. Después ya tendrían holgura y bienestar: «tirrita dandu pa cumir, pa vindir» —decía la Dolores y le parecía mirar desde su choza el ondulante cebadal, rizándose en oleajes de verdor suave y tierno.

Y vino la siembra. El arado escarbó a flor de periferia el terreno endurecido y, en el *cruce*, las indias espolvorearon su medio «almitu» de cebada, que era para lo más que daba la parcela. Hacia los cantos plantaron algunas matas de achira y enterraron algunos tubérculos de patatas.

Pero el año era seco y el cielo, a cada nuevo amanecer, bruñía más su azulada transparencia: ni un atisbo de nube se vislumbraba en el horizonte. No obstante que los espantapájaros se deshilachaban al viento y la honda restallaba sus pedruzcos, los mirlos y chirotes seguían escarbando en las aradas, recogiendo los últimos granos de la cebada que no pudo germinar.

La sequía iba vistiendo de aridez los campos y las almas. Los indios oteaban, con nostalgia, las lejanas cordilleras de Oriente, por donde parecía haber trasmontado la lluvia, y tendían sus miradas, anochecidas de rencor y despecho, sobre las sonrientes vegas de «Turunuma» —adjudicadas hoy a los cabecillas— donde los pastizales se henchían con la savia del regadío y las manadas podían triscar plácidamente. En cambio, en la gran extensión de Los Ejidos, divididos ahora en mínimas parcelas, el hambre iba dibujando sus siluetas escuálidas.

Las parvas de maíz se habían deshecho y ya no

quedaba siquiera un tallo reseco para abastecer al ganado; las vertientes, huyendo de la tremante exhalación de la tierra, habían buscado los cauces ocultos de sus profundos veneros: el hambre y la sed se dilataban en balidos por la yerma extensión desolada.

Y comenzó el éxodo. Día a día se veían desfilar enlutadas caravanas de indios, precedidos de sus rebaños: unos se iban a Zamora, otros hacia Palanda, siguiendo los conversadores caminos de los valles tropicales. Las húmedas montañas prestarían refugio a sus ganados y ellos podían trabajar esas ignoradas tierras «que son de nadie».

En las chozas de Los Ejidos dejaron de encenderse los fogones y el humo hogareño no volvió a recostarse sobre los techos pajizos. La mayor parte de los pobladores, sobre todo aquellos que no disponían de suficiente terreno o no habían encontrado *posesiones* en las haciendas aledañas, se vieron forzados a abandonar su querencia. Un paisano de El Valle me había dicho, como queriendo expresar toda la desencantada realidad: «Mira, señor, eso está sólido, tan sólido!» ...

* *

Verde, de un verdor amargo, alternando con el verde retozón de los prados, los cultivos de taita Sebastián son lo único verde que se adivina al Occidente, en la parte baja de Los Ejidos. Como una línea que escinde el oasis de lo yermo, la acequia está dominando y marcando las fronteras de los terrenos del cabecilla. Al pie de ella, en un plano de gracioso declive, trazan sus paralelas los surcos, su-

perpuestos en ringleras. La tierra, urgida por la fecundación del riego, ha hinchado su vientre promisor.

Los papales de taita Sebastián prometen una abundosa cosecha. En torno a las robustas matas los gordos tubérculos están esponjando y desmenuzando el terreno. El indio, arrogante y risueño, mece sus miradas sobre el tupido plantío y sueña con locupletar de dinero su discreta *petaquilla*. Pero hasta los dominios del cacique también han llegado las miradas hurafñas, angustiadas por el hambre, de los demás indios; de los que después de haber pagado el décuplo del valor de sus parcelas, no tienen agua para fecundar sus miserables pegujales.

Taita Sebastián está temeroso de que le desmehren sus cultivos, que constituyen la codicia de todos. Por eso todas las noches se levanta para rondar por los contornos de su campo labrantío.

La «luna ya duerme». Hacia las diez de la noche irrumpen los gallos desvelados. Taita Sebastián se levanta, empuña su bastón de chonta —cetro de los cabecillas— y se dirige a los papales. Sus ojos de buho van horadando la semiobscuridad, cuando, hacia un extremo, alcanza a divisar algo negro que se mueve. Conteniendo la respiración, a gatas, se va aproximando con sigilo. Es alguien que escarba las matas. Cuando está cerca se yergue y, con salto felino, se avalanza sobre el intruso.

—Quin mi lu ruba, caraju!

Una figura de mujer se ha incorporado.

—¡Mapa china! ¡Grandísima! ¡Ladruna! —ruge el indio, a tiempo que asiéndola por el rebozo le dá un fuerte remesón. La india dá un traspié y cae. El amplio sombrero se desprende de su cabeza y le descu-

bre el rostro: taita Sebastián reconoce a la Rosa Quizpe, que, sentada en el suelo, le mira con ojos de terror. Al caer sobre las matas se le ha recogido la falda del anaco, dejando al descubierto sus incitantes pantorrillas. Sobre su levantado pecho espejea ténue-mente el topo de plata.

El indio siente naufragar su cólera en uno como desbordamiento impetuoso que enardece su cuerpo. «Aura mi las pagas, cujuda»— aúlla estremecido y cae sobre la india, cogiéndole reciamente por los hombros.....

La luna menguante se ha asomado curiosa e indiscreta. Sobre los surcos se contorsiona taita Sebastián, apretándose con ambas manos el abdómen....

Ya lejos de los papales la Rosa Quizpe huye, huye. La fina, la buhía aguja de su topo está destilando sangre.....

Despojo

CAMPANAS anunciátricas cosquillearon el tímpano de la mañana. El vecindario se vestía de fiesta. La grey, sumisa y creyente, se aprestaba a recibir al nuevo párroco, que traería en sus manos las «gracias involuntarias» de su divina taumaturgia.

Los indios de los contornos se habían concitado en la plaza del pueblo, desde donde se dirigirían, formando devoto cortejo, a dar el encuentro de bienvenida a su Señoría.

Flautas y tambores marcaban los transidos pasos de los danzantes y los cohetes se elevaban airosos, para dar el alerta de su estallido. Algunas indias, con vistozas camisas y faldas muy plisadas, iban portando tiestos, en los que se abrasaba el aromado incienso.

A una legua del poblado, en el sitio Las Juntas, alcanzaron a divisar, vistiendo negra esclavina, la figura apostólica del sacerdote, jinete bien sentado en su mula de paso. Lo precedía un paje, y detrás venían algunos acompañantes. Cuando el párroco se acercó, dejose escuchar un vago clamoreo y todos los indios cayeron de rodillas, descubriendo sus cabellos de untosa obscuridad.

El señor cura llegaba sudoroso, resoplando a igual que su cabalgadura. Bajo las amplias alas del sombrero jipijapa, su cara de inflados mofletes acentuaba un color fuliginoso; el dilatado vientre se reco-

gía sobre la perilla del galápago y a sus rechonchas piernas se enredaban unas anticuadas polainas de hule. La cabeza inclinada, los párpados habitualmente caídos, las manos, una en otra, sobre el mullido abdómen, el cura Guarnizo afectaba una actitud de edificante humildad que contrastaba sarcásticamente con los abultados contornos de su humanidad bien abastecida y el espejear de los anillos de plata que ornaban los jaeces de su mula.

Tras del párroco llegaba su hermano, el Dr. María. De faz cetrina, imberbe, paliducho, el abogadito —«recien recibido»— parecía cohibirse por la embarazosa rigidez del cuello planchado, que lo usaba ribeteado de negro. Sus ojos plumizos, inexpresivos, parecían iluminarse a veces al tropezar con las gordas pantorrillas de las chinás.

Cuando el párroco se hubo detenido ante los manifestantes, sombrero en mano, se destacó don Miguel, el consagrado Teniente Político, que vistiendo su suave poncho vicuña y estrechando la mano del sacerdote parecía sentirse tan digno. «Vaya— le dijo— aura si qu' estamos de parabienes, señor Doctor. Taita Dios nos lo ha querido mandar a usted, un sacerdote tan importante». Y volviéndose al reverente grupo de indígenas, agregó:

—Eli, ya lo tenemos aquí a taita cura. Tienen que servirlo, que respetarlo, que pagarle los diezmos, pa qu' el Señor nos proteja, pa que nos dé su santa bendición.

Entre los indios se escuchó como un rumor de asentimiento. El Teniente Político invitó, entonces, un traguito al señor cura y a sus acompañantes, en tanto que el telegrafista, petulante y cortés, se había acercado también para ofrecer al párroco sus «insigni-

ficantes servicios» e inquirirle si el viaje había sido bueno. «Probablemente no tendrían ningún contratiempo»— dijo, frotándose las manos.

Un cohete ascendió vertical y restalló, abriendo, muy arriba, su parasol de humo. La cabalgadura del Doctor María dió un nervioso salto y las desteñidas mejillas del abogado se pintaron de un vago tinte rosáceo. «Que no tiren tau cerca los cuetes. Va corcoviar el caballo del señor Doctor» —gritó don Miguel. Y la comitiva se dirigió hacia el pueblo, pasando bajo los rústicos arcos triunfales, que festoneaban a su paso.

* *

El cura Félix Guarnizo, como su hermano, el Doctor María, eran oriundos de *Cuchilomo*, lugar cercano a la frontera de Amaluza. Sus antepasados, quizá indios de origen mitimae, cruzaron su sangre con la de los mulatos del litoral piurano; por eso —también por el clima— cambiaron la *cuzhma* y el *anaco*, propios del antiplano serraniego, por el largo pantalón de casinete y la falda de tocuyo floreado.

Félix fue siempre solapado y calculador; desde muchacho supo afectar cariño a sus compañeros y respeto a sus superiores, a fin de granjearse favores e inmerecidas distinciones. A veces se permitía manifestarse irascible, pero con las personas ante quienes podía hacer valer sus caprichos. En cambio, María, era el tipo del vulgar anodino; ni un gesto de vivacidad, ni una actitud valerosa, ni algo que pudiera revelar su pretendido talento. Solía pasar inadvertido: era uno entre muchos. Por su figura esmirriada, su rostro macilento, su cabeza de hirsuta pelambre, sus compa-

ñeros de escuela le apodaban *el Tispo*, como queriendo describirlo gráficamente. Era receloso y esquivo; andaba ocultándose, rehuyendo siempre la vigilancia de sus superiores; repetidas veces lo sorprendieron sus condiscípulos encerrado en las letrinas de la escuela, un tanto fatigado, con las miradas que de opacas se le habían tornado brillantes.....

Si alguna afinidad se adivinaba entre los dos hermanos era, sin duda, esa como laceria espiritual, tan manifiesta en ambos, que realzaba su tipo de hombres mediocres y sensuales. Y una como inclinación morbosa al embuste, al recurso fraudulento, que los volvía más peligrosos aún frente a la humilde mesnada de indios crédulos e ignaros.

* *

En la misa mayor del domingo, ~~misa respunteada de cohetes con salmodias de armonio y gasas de zahumerios~~ se nombraron los priostes —mayordomos de la Iglesia— los alcaldes, los mañidores, y también los chasquis, el aguador y el diezmero. Melchor Gualán y Sacramento Güeledel fueron los escogidos para estos últimos cargos. «Son indios serviciales y, sobre todo, humildes» —dijo el Teniente Político. ~~Y de esta manera quedó establecida, una vez más, esta modalidad del concertaje.~~

Pero hacía falta quien se entienda en los otros menesteres del convento: quien lave, quien cocine, quien aplanche los paños sagrados de la Iglesia y también los del señor cura. Por eso, al salir de la santa misa, desde el atrio que domina la plazuela del incipiente poblado don Miguel, dueño de su absoluta autoridad, hubo de seleccionar las chinas que debían

prestar sus servicios al Párroco, escogiendo entre las más «sanas y despiertas», según recomendaciones del cura. La Jizhuca y la María Güleledel, hijas del diezmero, fueron de las favorecidas. «*Pur cusis* llivandu taita Cora» —explicó Sacramento, que muy apesadumbrado miró desintegrarse su familia.

* La presencia de las sirvientas en el convento transformó la fisonomía de la vida claustral. El Párroco deambulaba complacido, mirando de soslayo, con sonrisa glotona, las ampulosas caderas de las chinas y dándoles palmaditas en la espalda. El Doctor María, por su parte, ya no tenía otra preocupación que andar tras las insinuantes domésticas, atisbando la oportunidad de sorprenderlas en un lugar solitario y penumbroso, para manosearles los senos o palparles, con nervioso tacto, los apretados muslos. Inclinado de suyo a las conquistas fáciles, se sentía voyante al fin. Por otra parte, ese tufillo de humo, condimentos y sudor, que transpiraban las indias, incitaba su libido, exacerbada por insospechadas desviaciones.....

* Por las noche, a la hora de la distribución, mientras el cura gazmoño distraía sus ocios repasando las cuentas del rosario y platicando ante las Hijas de María, el Abogado, en la semiobscuridad de la sacristía, se refocilaba pellizcando las ancas de las sirvientas, que cercenaban padrenuestros con el estallido de sus risas estranguladas.

* *

La vida del convento iba rodando fácil y liviana, sin recelos ni privaciones. Fuera de los claustros, la humilde ingenuidad de la aldea, trasegando añejas

leyendas en los odres del tiempo; dentro, uno como ambiente de hogar, que a menudo se abochornaba de lascivia.

El señor cura gozaba ya de lo que él llamaba su bienestar. Su despensa, merced a los afanes del diezmero, estaba más allá de bien provista y su mesa siempre apetitosa y colmada. Los víveres sobraban. Por eso fue necesario formar la piara para transportarlos al mercado de la ciudad. En los corrales de la casa conventual se congestionaban cerdos cata-lépticos; ensayaban sus balidos los carneros cebones, y una innumerable turba de gallinas irrumpía por todas partes, entre el galante escarceo de los gallos. «La parroquia no es de las mejores; pero, con la ayuda de Nuestro Señor, no moriremos de hambre» —solía decir el Párroco—, cuyos abultados mofletes y redonda barriga, delataban su holgura e incontinencia.

Pero había algo que le contrariaba, y era esa tacañería que descubrían los indios al regatearle «sus insignificantes» emolumentos. Solo querían pagarle diez suces por las misas cantadas, cinco por las rezadas y dos por los responsos, sin tomar en cuenta que las confesiones fuera del poblado las querían de balde. «Uno ejerce su sagrado ministerio —le manifestaba al Teniente Político— con humildad y abnegación, pero los feligreses deben corresponderle con alguna limosnita». Y en sus pláticas matinales acostumbra argumentar: «Si al médico del cuerpo se le paga, con mayor razón al que os va a curar el alma; tanto más que lo poco que dais al Párroco se lo emplea en el santo culto de la Iglesia, y quien no cumple sus deberes y obligaciones para con ella —tened presente amadísimos oyentes— no alcanzará

el perdón de sus pecados». I así, entre admoniciones y quejas, iba construyendo su beatífica prosperidad.

Solo el Doctor María no podía adelantar en su menguada condición. Pobre ser parasitario, como hongo adherido al tronco, vivía disfrutando escasamente de las granjerías de su hermano. Incapaz de acciones meritorias, pasaba como sumido en la profunda sima de sus lúbricos desvelos. Félix trataba siempre de reanimarlo, de inducirlo a la acción; pero todo era inútil. María era neófito hasta en su profesión y se sentía lamentablemente inepto.

* *

En el humilde recato de la iglesia pueblerina, en un altar lateral, medio oculto en su dorada hornacina, San José estaba deshojando su amarillenta azucena de papel. (Unos polvosos y deslustrados ramos constituían el único ornamento.) El Cura Félix, que estaba huroneando por el templo, reparó en la sagrada efigie, miró el carcomido baldaquino y pensó para sí: «Quizá sería bueno arreglar un poco este altar.....no costaría mucho Unas limosnas..... algo quedaría también para el convento.....» Entonces recordó que estaba al finalizar febrero y que el próximo diecinueve de marzo se celebraría la festividad del bondadoso Patriarca. «¡Caray! ¡Si hiciera un bazar! No es mala la idea.» I de seguido fue a decírselo a don Miguel.

El domingo siguiente, en la solemnidad de la misa mayor, con voz pausada y grave y en su habitual actitud reverente, el Párroco anunció que se acercaba ya la fiesta del «Portentoso Patriarca San José, cuya mansedumbre es edificante»; que, según

había notado, su devoción estaba descuidada y que él se proponía reavivarla. Manifestó que era urgente restaurar el altar del santo, que se encontraba en lamentable estado y que, con este piadoso fin, iba a realizar un bazar «el día glorioso de su festividad». «Todos los devotos deben contribuir con sus presentes —dijo, sin levantar los ojos— para que el Santo Patriarca los proteja y les dé valor y mansedumbre». Y de esta manera quedó financiada la realización de tan sagrada obra y asegurado el éxito del bazar.

Pero el ladino Párroco no se detuvo allí; pensó que su intervención directa daría mejores resultados y presto organizó una peregrinación por los feraces y dilatados campos de su parroquia. El Sacristán y el Diezmero marcharían con él, también le acompañarían el Teniente Político y el Doctor María, que por entonces medraba honestamente, vendiendo exvotos de metal plateado a los supersticiosos indígenas.

* *

Mañana soñolienta, acicalada de bruma. El Cura ha remontado por las ariscas cordilleras a realizar su piadosa colecta.

Un ladrido metálico descubrió una vivienda.

—Ajá; alguien vive por aquí —dijo el presbítero, a tiempo que se limpiaba el sudor.

—Acarribita numás lu vive on natoral —repuso Sacramento.

—A ver, a ver....; vamos a ver.

—Llevenos pa la casa del runa —ordenó don Miguel.

Ascendieron por un caminito zigzagueante y luego se detuvieron ante una choza paralítica, que apoyaba

un costado sobre puntales. A la puerta, una india joven despiojaba a otra muy anciana. Cuando repararon en el sacerdote, las indias se santiguaron, murmurando una jerga ininteligible. El Párroco optó por bendecirlas con su mano prieta y gordezuela.

—Una limosnita, una limosnita para el Patriarca San José.

Las indias se miraron entre sí, como sin acertar a comprender las palabras del cura; volvieron sus ojos inquiridores a Sacramento, quien les explicó algo en su lengua. La más joven insistió:

—Piru, qui siíndu; que diciíndu. Imantiningui, taititu?

El Doctor Félix señaló un reducido hato de ovejas que se arremolinaban junto a una cerca y dijo, con singular desenfado:

—Unos dos borreguitos; nada más que unos borreguitos. San José les ha de dar más.

Las indias cruzaron algunas palabras y volvieron a mirar con incertidumbre. Sacramento tornó a explicar:

—Ufia, ufia jatiandu pa iglisia, pa taita San Júsi.

Los ojos de las chinas escintilaron con expresión extraña y en sus labios la vez se aciduló conacenuado sabor de queja.

El cura escogió las dos mejores cabezas del rebaño y el Teniente Político dió la orden de encabestrarlas. Al tiempo de proseguir la marcha, el Párroco alargó a las indias unas estampitas cromadas, en las que San José les sonreía con ojos dulces, muy dulces y sedantes.

* *

Las provisiones del cura Félix no habían sido vanas: su presencia y la del Teniente Político determinaron el éxito de la colecta. Nadie intentó una negativa y muchos deglutieron su protesta; así, las dándivas se multiplicaron generosas.

—Consolémonos, don Miguel, que por aquí todavía no se pierde la fe —dijo el sacerdote.

—Cierto, señor Doctor. Algo se ha conseguido; pero, gracias también a que salimos nosotros en persona —repuso el aludido.

Estaban a la mitad del recorrido. Eran ya unos cuantos carneros, alguna res, no pocas aves y una apreciable cantidad de víveres que habían obtenido y, como aún tenían que visitar el barrio de Jesús María, todo aquello les dificultaba la marcha. Entonces acordaron que el Sacristán regresara al poblado en compañía del Doctor María y de un indio, que debía ayudarles a conducir los animales.

—Vé, María, procuren mejor entrar con la noche —advirtió el Párroco.— Que no se vaya a hacer alboroto.

—Sí. Mejor es entrar oscuro —pudo opinar el Abogado.

—Bueno está. La gente de puaquí, mire, es muy novelera —concluyó don Miguel.

El Doctor María tornó entonces al Convento. «¡Caray! —se dijo— Sobre que quería vender unos *milagritos* Pero, luego recordó que en el claustro, sin la presencia del cura, «que tanto le maleaba», estaría a sus anchas con las chinas, y alentó el paso de la mula con sus mohosos espolines.

* *

Hacia la parte alta de la eslabonada cordillera, una depresión de la montaña tiende su falda a la dehesa. Los altos pastizales se aljofararon en la comunión íntima del rocío. El espaciado horizonte, dominado en la altitud, se ensancha en luminosas perspectivas.

—Que bonito lugar —dijo el Doctor Félix—, quien creyera encontrarse con estas lindas pampas acarriba! De quien es esto, don Miguel?

—Aquí va el dueño —repuso el interrogado, señalando a Sacramento.

—¡Ajá! Con que ha sido cholo acomodado!

Sacramento, mirando receloso, pareció disculparse:

—Pidazitu muntí numás istá.

El cura detuvo un momento su cabalgadura e instó con la mirada al Teniente Político para que se le aproximase. Cuando estuvo cerca, le dijo con voz parca:

—Cuanto puede valer este pedazo? Cuanto diera usted?

Don Miguel midió con sus ojos la extensión, frunció el ceño, meditó. Luego dijo su experimentada opinión:

—Hay que ver, señor Doctor, que esto está lejitos del camino grande. Estos terrenos retirados ya no son muy caros Sí fuera de darle unos dos mil.

—¡Caramba! Yo hasta unos cuatro mil le diera.

—Ehí, de más le paga, taita cura!

El Párroco espoleo a la mula para dar alcance a Sacramento, que había tomado la delantera.

—Oíte, cholo, no quisieras vender este pedazo?

—Nu vindindu, taita Corita.

—Pero, hombre, vos que sacas de esta montaña?

—repuso invitándole a reflexionar.— Para sa-

car fruto necesitas trabajar duro. Y eso no lo vas a hacer tú solo. Necesitas gastar bastante plata. Mejor véndeme y con el dinero compras otro terreno ya cultivado, con casita....

—Pa tuda, yu nu lu suy: chinas sun duifu —contestó Sacramento y aclaró:— Hirincia mama istá: mama dijandu pa chinas.

—¡Ah! Entonces es herencia de las chinas? ¡Ajá! Y yo no lo había sabido!

El dillogo se interrumpió. El cura parecía rumiar sus pensamientos. De pronto se interesó por conocer la demarcación del terreno. «Y por donde nomás es esta propiedad?» —inquirió a Sacramento. El índice del indio repasó en el aire las sinuosas e imprecisas líneas que confinaban la codiciada pertenencia.

* *

Al trémulo llameo de las velas se contorsionaban las sombras. Sobre el albo mantel, la luz amarillenta derramaba una suave lividez. El comedor, tapizado de antiguo papel color cinabrio, encerraba un ambiente severo y taciturno. El cura Félix degustaba su apetitosa cena. Había regresado de su recorrido y, aunque un tanto estropeado, no le faltaba buena disposición para engullir. Por intervalos, charlaba con su hermano. La intimidad del aposento era propicia a las confidencias familiares.

La conversación iba tomando un giro nuevo y movido. El Párroco se mostraba entusiasta y locuaz. Hablaba de los «bonitos y productivos terrenos que habían tenido las chinas», ponderaba su exhuberancia, predecía su generosidad. «¡Ah!... Es un prodigio

de feracidad... ¡Una bendición del cielo! Terrenos vírgenes, figúrate, ¡vírgenes! Yo los convertiría en un edén, en un verdadero edén —y parecía imaginar el bíblico jardín, como un delirio de dulzuras terrenales....

—¡Caray! Como hiciéramos para sacarles esas tierras a las chinas— interrumpió, cavilando, el Doctor María.

—Hombre, si eso mismo es lo que estoy pensando. Cómo pudiéramos hacer?... ¡carambal... hay que pensarlo bien, hay que meditarlo.

De pronto, el párroco levantó la mirada, sus ojos despertaron con urgencias víboriles:

—¿Sabes? Tengo una idea... ¡claro!... ¡esto es lo que nos conviene! Verás: mañana mismo preparas viaje a la ciudad; tienes que hablar lo más pronto con el Doctor Ramírez... es buen abogado...; él nos va a sacar de apuros. Le dices... bueno... hay que decirle que el taita de las chinas se está queriendo apoderar de lo poco que tienen y que nosotros queremos... queremos... precautelar, esto es, precautelar sus intereses. ¿Comprendes?... Le dices que solo se trata de unas pocas cuadras de terreno... dos cuadras más o menos. —Después de breve pausa prosiguió:— ¡Caray! es una lástima que no hayas practicado en tu profesión. ¿Ya ves que falta hace? Si hubieras seguido mis consejos, algo mismo sabrías ahora.—El abogado pareció agobiarse en un relajamiento de profunda lasitud.

La conversación fue interrumpida por la presencia de la Jizhuca, que entraba en ese momento para retirar la vajilla. Desanudando de su rechoncho cuello la servilleta y pasándola por los labios grasientos, el sacerdote dió por terminada la sobremesa. Cuando

se hubo levantado, con actitud entre galante y paternal, brindó zalameas a la india, acariciándola la barbilla:

—Gracias, mil gracias Zhuca, el *cariucho* ha estado de lamerse los dedos.

Antes de retirarse a sus habitaciones, llamó aparte al Doctor María para remarcarle su decisión:

—Bueno, ya lo sabes, a más tardar, pasado mañana sales a Loja. Mañana, por sí se ofrezca, voy a sacar la fe de bautismo de las chinas... Y hasta arreglar bien el asunto, hay que tratarlas lo mejor que podamos. Mira, talvez convenga halagarlas con sus regalitos... Pero ¡cuidado!... ¡mucho cuidado con los escándalos...! Las gentes de estos pueblos son lengua-largas... ¡mucho cuidado, María!...

Al abogado le dió un vuelco el corazón. Las palabras de su hermano le revelaban al fin una como discreta y amable complicidad...

* *

En lo alto de la torre, el ángelus se arregazaba de niebla. Sombras somnolentes erraban por los recintos claustrales. Sobre un rústico banco de cedro, al fondo del corredor, estaban sentados, uno junto a otro, el cura y la Jizhuca. La mano del presbítero palmeaba los muslos de la china, cuyo dilatado vientre se convulsionaba con los hipoes de una risa sardónica.

De improvviso fue interrumpida la escena: el portón, que daba acceso al patio del convento se abrió estrepitosamente, dando paso a las cabalgaduras resoplantes, en que tornaba de la ciudad el Doctor María, acompañado ahora por don Lucas, el Escribano. El párroco, levantándose con precipitación, salió al

encuentro de los recién llegados, en tanto que la india, con torpe andar presuroso, fue a apostarse tras un pilar.

—Y que milagro por aquí, don Lucas, que milagro? —inquirió gozosamente el sacerdote.

—Por aquí a visitarlo, señor Cura.

—Venga, venga... apéese. Vaya, cuanto gusto de tenerlo en el convento. Esta es su casa, señor don Lucas.

—Muchas gracias, señor Doctor, muchas gracias. Usted es muy bondadoso — balbuceaba, conmovido, el escribano.

Cuando caminaban ya por los embaldosados corredores en dirección a la sala conventual, entre el estridor de las espuelas, se escuchó la voz jovial del Párroco que ordenaba:

Vé, muchacha, que traigan un gloriadito para los recién llegados.

* * *

Frente a la silla de cuero repujado donde se repantigaba el cura, un crucifijo abría los brazos desmayados; la divina cabeza se inclinaba en trágico desfallecimiento. En el centro de la sala, una mesa; sobre la mesa, una lámpara de kerosene vibraba su luz agonizante. El Notario redactaba en ese momento el *poder* que las chinas otorgarían al Abogado «pa que les dé cuidando sus teneres». Las indias, muy emperifolladas y rechonchas, vistiendo ya roja estameña, seguían con curiosidad el ir y venir de la pluma del Escribano, que arañaba el papel con ruido de ligera escofina. El Abogado, con aire de importancia, paseábase a lo largo de la estancia.

Cuando don Lucas hubo concluido su trabajo, volviéndose al párroco, le interrogó:

—Los testigos?

—Ah, ya es hora?... Vé, María, que lo llamen al Sacristán.—Luego, volviéndose al Notario, agregó: —Aquí lo tenemos al maestro Raimundo, que es mi Maestro de Capilla; lo que es el otro testigo no tarda en llegar: es mi compadre don Miguel... una magnífica persona... el señor Teniente Político.

Cuando todos los que habían de intervenir en la suscripción de la escritura se hubieron hecho presentes, don Lucas, ensayando una discreta tosesita, dió comienzo a la lectura: «En Capur, a los diez días del mes de junio, ante mí, Lucas Valladares, Notario público del cantón, y ante los testigos que se expresarán, comparecieron Rosario Jesús Gueledel, vecinas de esta parroquia, solteras, a quienes conozco...» Las indias se quedaron pasmadas: en su vida las había visto el Escribano y él, según decía, ya las conocía. «Lo que vale ser *leído*», dijo para sí la Jizhuca ...

El Cristo extremaba su agonía en la dolorida penumbra.

* *

La noche, sin confines, era un vórtice de espanto. La lluvia zurcía las tinieblas. En los tejados alejados maullaban gatos en celo. De repente se abrió la puerta del convento y la luz de un candil vidrió las ~~charcas~~ lodosas.

—Que Dios, Nuestro Señor, te ayude— musitó una voz, sordamente.

La puerta volvió a entonarse; unos pies chapo-

potearon en el fango de la vía, y una sombra, anegada de sombras, se deslizò silente. La Jizhuca Güelledel se iba del convento. Había engordado exageradamente y su vientre, dilatado y redondo, se ofrecía fecundo a la maledicencia de las gentes... El señor cura la había despedido con palabras persuasivas, que insinuaban una disculpa:

—Hija, yo no quisiera que te vayas... pero... ya sabes... hay que evitar murmuraciones. A lo mejor se ocuparán de mi honra. Aunque estés lejos del convento, yo velaré por tí. Y cuando *te desocupes* volverás; sí, tienes que volver. A tu taita le dirás que quien te hizo eso —y señaló con repugnancia el vientre hinchado de la india— fue ese cholo malvado, que lo tuve de campanero...

Anduvo, de orilla a orilla, la noche insomne. Cuando azuleó la aurora había llegado ya a la alta explanada, donde creyó adivinar el techo taciturno de su choza. Apenas si podía caminar: un dolor hondo y lancinante le estrujaba el vientre. En su frente el sudor se congelaba.

Pero, a medida que ascendía la mañana, se iban esfumando sus visiones, y así, solo pudo mirar los escombros de su choza. Más allá, sobre un pequeño altozano, se alzaban ya, airosas, las paredes de una casa solariega. Casi reptando llegó hasta el sitio de la nueva construcción. De una covacha de madera, techada de cinc, salió un *taichu*, que le respondió con voz altanera:

—Tu taita?... ¿Que ésto es de tu taita?... ¡Carajol!... ¡Yo qué sé del cojudo de tu taita! .. Esto es del señor cura Félix... ¿Entiendes, zopenca?

La Jizhuca no pudo resistir más. Estaba lívida. El dolor la transía. De pronto llevándose las manos

al vientre, suspiró un ¡ay! desfallecido. Sintió vagamente que algo tibio, viscoso, le resbalaba por las piernas, y cayó estremecida, junto a las tapias de la ajena casa. El chagra la miró un tanto sorprendido, pero luego, cínicamente, le espetó su carcajada:

—Ve l'india del *diascre*! ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!... Ha venido a parir aquí... ¡Carajo!... Y a lo mejor está de ~~dos...~~ ¡Ve l'india sucial!... ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!...

Y fue como un ladrido a la montaña que velaba....

F I N

1938

1939

I N D I C E

Dedicatoria	V
Prólogo	VII
Manuel Antonio	1
Humo en las Eras	15
Lo han Chucado	29
Sobre los Surcos	39
Despojo	53

**Acabóse de imprimir este libro
en la Imprenta del Colegio
"Bernardo Valdivieso"
de Loja, el 15 de
Abril del año
de M C M X X X I X.**

